



1 DE JUNIO: SAN JUSTINO, apologista y mártir (s. II)

Los romanos cuando se hicieron los dueños de casi el universo civilizado tenían como norma imponer a las ciudades nombres propios de su Italia imperial. Así hicieron con la antigua ciudad de Nablus, en Israel, a la que bautizaron como Flavia Neápolis. Aquí nació nuestro ilustre apologeta y mártir San Justino a finales, quizá, del siglo I.

Justino era oriundo de familia pagana, no judía, y aunque sabemos pocas cosas de su vida, sí que se puede afirmar que su trayectoria tiene mucho de común con la de San Agustín: Los dos estaban adornados de una inteligencia nada común, los dos paganos y los dos con ardientes deseos de descubrir al verdadero Dios.

Justino frecuentó una y otra escuela, la cristiana y la pagana, siempre en busca de la verdad, pues él no era de aquellos que se contentaban con la primera noticia que les llegaba.

¿Cómo llegó al verdadero conocimiento de la verdad, del Dios verdadero? Es él mismo quien así nos lo cuenta:

“Sucedió mientras me encontraba en la ciudad de Alejandría. Mientras me paseaba, absorto en mis pensamientos, por la playa, se me acer-

có un anciano venerable y hablamos largamente. A mí me interesaba mi tema y se lo expuse. Me llamó la atención la firmeza con que me dijo:

—“Los filósofos se han extraviado. Ninguno ha conocido al verdadero Dios.

—Si ellos no nos enseñan la verdad, ¿dónde la encontraremos?, re-puse yo.

—La verdad, la virtud, la verdadera felicidad que van buscando los filósofos y no pueden encontrar, está en la Sagrada Escritura. Si tú quieres encontrar estas virtudes que vas buscando lee la Sagrada Escritura, medítala y con gran humildad pide a Dios que te abra la inteligencia y el corazón para recibirla. Sólo Dios y Jesucristo, su Hijo, pueden ayudarte en este camino”.

“Terminadas estas palabras desapareció el anciano venerable. Me entregué a la lectura de los Libros Sagrados y pronto me di cuenta que aquel anciano tenía toda la razón. Nunca en libro alguno había encontrado tanta filosofía y tanta maravilla. Por ello yo me hice cristiano y ahora soy un filósofo cristiano”.

Justino, una vez avanzada la fe cristiana, se entrega de lleno a extenderla por todas partes. Ante él se abren inmensos horizontes. Quiere llegar a todas partes. Escribe sin cesar porque conoce el gran valor de la pluma. El, lleno de fuego divino, argumenta, discute, defiende valientemente su fe contra cuantos la atacan o no la comprenden. Famosa se hará su frase o lema que ya muchos conocen y que él extiende con sus gestos por todas partes: “Poseer la verdad, poderla decir y callarla, es atraerse la ira de Dios”.

El conoce que se pone en gran peligro, el de perder su vida por causa del Evangelio, si no modera sus ímpetus de fe y amor a Jesucristo, pero no le importa. Hasta llega a dedicar una de sus más preciosas obras apolo-géticas al mismo emperador Antonino Pío.

Ya maduro el fruto, iba a dar testimonio por la fe que había predicado. El Breviario en este día de su fiesta nos recoge, con trazos maravillosos, el diálogo con el cínico Rústico que quiere hacerle apostatar de su fe cristiana. Pero Justino está lleno de Dios y en un diálogo lleno de amor y convencimiento cristiano da pruebas de sus deseos de dar testimonio con su sangre por la fe que predica y escribe. Era el 166 cuando murió degollado por Jesucristo.



2 DE JUNIO: SAN MARCELINO Y SAN PEDRO, mártires (s. III-IV)

San Marcelino era presbítero de la Iglesia de Roma y San Pedro su exorcista. Los dos eran muy conocidos por los cristianos de su tiempo por su gran virtud y por su heroísmo en el fiel cumplimiento de sus deberes. La virtud de la fortaleza era muy necesaria en aquellos tiempos y ambos santos la vivían con generosidad.

Pedro tenía un gran poder contra los demonios y curaba toda clase de enfermedades. Las noticias de estos prodigios en tiempo del Emperador Diocleciano, llegaron hasta los oídos del impío juez Sereno quien dio órdenes para que fuera detenido y rigurosamente encarcelado.

Mandó que fuera duramente azotado y sus carnes despedazadas por terribles grillos, pero no pudieron conseguir que la alegría se ausentase del rostro de Pedro.

Una cosa llamaba la atención de los soldados y carceleros y de cuantos podían acercarse hasta él: Siempre lo encontraban cantando cánticos al Señor e invitaba a los demás a que también ellos lo hicieran uniéndose a su gran alegría porque dentro de muy poco tiempo podría gozar de la visión de su Señor Jesucristo.

Cierto día quiso acercarse al carcelero porque lo veía triste y lloroso. Se llamaba Artemio. Le preguntó Pedro la causa de su tristeza y le contestó que la alegría ya no podía acudir a su rostro porque hacía ya algún tiempo que una hija suya estaba poseída por el demonio y que la hacía hacer espantosas contorsiones y sufría horriblemente. “Si sólo es ésta la causa de tu dolor, yo te prometo que si crees, yo soy capaz en nombre de mi Señor Jesucristo de liberar a tu hija”.

—“Si así crees en el poder de tu dios, qué loco eres si no te liberas de estas cadenas”.

“Yo sé lo que valen estas cadenas y este calabozo para poder gozar de mi Dios.

—Ya que me parece que estás loco, si quieres que crea en tu dios y en tu poder, búscame esta noche en mi casa y ven a curar a mi hija”.

Al llegar a casa Armenio, contó lo ocurrido a su mujer que se llamaba Cándida. Esta le dijo: “Pues mira, si fuera verdad eso que dices y se presentara aquí ese joven, sería la razón poderosa para saber que sólo su Dios es el Dios verdadero...”. Cuando todavía están hablando aparece a su lado el joven Pedro y cura a su hija de la posesión diabólica... El carcelero, su esposa, su hija y toda la familia se bautizan después de que llegó el presbítero Marcelino y los formó a todos en las principales verdades de nuestra fe.

Al enterarse el juez Sereno de que se habían roto las cadenas de todos los presos tanto del presbítero Marcelino como del exorcista Pedro, mandó prenderlos de nuevo y castigarlos con mayor saña y crueldad obligándoles a ofrecer incienso a los dioses y a renunciar a Jesucristo.

Habló en nombre de los dos Marcelino: “No permita jamás Dios que cometamos tan sacrilega acción... Sólo hay un Dios verdadero en cuya virtud y poder se hicieron añicos las cadenas de todos los presos y son ahuyentados los demonios de quienes los poseen. No veas delito en estas maravillas. Antes bien, medítalo y tú conviértete a nuestra fe”.

Artemio, su mujer Cándida y su hija Paulina por negarse a sacrificar a Júpiter también fueron condenados a muerte. San Pedro y San Marcelino fueron llevados al *Bosque Negro* para ser decapitados allí... Después fueron recogidos sus cuerpos y enterrados dentro de la ciudad. A este Bosque Negro le cambiaron el nombre por *Bosque Blanco* por haber sido sacrificados allí los mártires.



3 DE JUNIO: SAN CARLOS LUANGA Y COMPAÑEROS MÁRTIRES (1886)

El Continente africano fue en el pasado semillero de santos y mártires cristianos. Después, por diversos acontecimientos fue muriendo la religión predicada y vivida con tanto heroísmo. Hoy los Sumos Pontífices tienen puesta su mirada en este Continente como la Iglesia del futuro.

En el siglo pasado, Uganda fue regada por abundante sangre de generosos cristianos que no estaban dispuestos a transigir con el pecado y la herejía.

El Papa Pablo VI, en la homilía de la canonización de estos mártires de Uganda, dijo: “La tragedia que los devoró fue tan inaudita y expresiva que ofrece elementos representativos suficientes para la formación moral de un pueblo nuevo, para la fundación de una nueva tradición espiritual...”

Por el 1878 los Padres Blancos empezaron los primeros pasos de la evangelización de Uganda. El rey, llamado Mtsa, en un principio los fa-

voreció y ayudó, aunque pronto trató de alejarlos de sí por miedo a que la nueva religión fuera obstáculo para su comercio de esclavos de lo que sacaba pingües sumas. Muerto él le siguió su hijo Muanga, que era ferviente amigo de los cristianos. Pero pronto se cambiaron las cosas.

El rey tenía un primer ministro que aborrecía a los cristianos porque había atentado contra el monarca y había sido descubierto por la fidelidad de los cristianos, siempre leales al rey. La cosa se agravó cuando el mismo rey intentó abusar de modo deshonesto de los mismos cristianos que tenía a su servicio, y como él era de la religión pagana, creía que la cristiana también permitía estos abusos. Al oponerse rotundamente los cristianos a sus aberraciones y abyectos instintos, el amor que antes sentía hacia ellos se convirtió en odio mortal.

Las causas no podían ser más bajas y groseras: No querer consentir en los vergonzosos deseos del rey y oponerse a la esclavitud y venta de los esclavos.

Pronto el rey dictó una severa ley por la que prohibía hacer oración y serían encarcelados y pasados a cuchillo cuantos encontrasen haciendo oración. La persecución se extendió rápidamente por todo el país. Pronto fueron encarcelados y guillotinado muchos cristianos. No se sabe la cantidad porque la ignorancia en escribir fue causa de que la noticia no haya llegado hasta nosotros.

Los mártires de Uganda que beatificó el Papa Benedicto XV el 6 de junio de 1920 forman dos grupos de fervorosos mártires: Uno, capitaneado por un joven de veintiún años Carlos Luanga que era el más favorecido del rey. Sus compañeros eran jóvenes, cuyas edades estaban comprendidas entre los trece y veintiséis años. Todos ellos eran cortesanos o trabajaban a las órdenes del rey. Eran trece. Se repitieron escenas sumamente conmovedoras, como las de los primeros años del cristianismo. Fueron saqueados o quemados vivos... Y todos cantaban, gozosos de morir por Cristo...

El otro grupo fue más numeroso y duró el generoso martirio a lo largo de dos años 1886-1887... Fueron asimismo maravillosos ejemplos que diaron de amor a Jesucristo y del don de fortaleza.

Pablo VI en la Homilía de su canonización dijo: "El Africa, bañada por la sangre de estos mártires, surge libre y dueña de sí misma".



4 DE JUNIO: SAN FRANCISCO CARACCIOLO, presbítero y fundador (1608)

En el pueblecillo de los Abruzos italianos, en la villa de Santa María, venía al mundo el 13 de noviembre este niño a quien pusieron por nombre Ascanio, pero que después cambiará e inmortalizará por el de Francisco.

Sus padres Francisco e Isabel eran muy buenos cristianos y el Señor les bendijo con cinco hijos, cuatro de los cuales se consagrarían al Señor en el estado sacerdotal o religioso.

Nuestro pequeño Ascanio a los seis añitos ya le pusieron a estudiar latín. Era muy inteligente y bueno. La sencillez que brotaba de sus ojos y de todo su comportamiento robaba el afecto de cuantos le trataban.

Llegada la edad competente su padre le destinó al servicio militar y afirman los autores que a pesar de su gran belleza, sus cualidades extraordinarias y su alegría, propia de los italianos de sur, no mancilló nunca la blancura de su alma, gracias, sobre todo, a dos soportes que le ayudaron a salir siempre airoso de los ataques del demonio: Su gran amor a la Eucaristía, que recibía con gran frecuencia, y su tierno amor a

la Virgen María, a la que cada día obsequiaba con el rezo del Santo Rosario y del Oficio Parvo.

Cuando tuvo veinte años pasó por una prueba muy dura: Le vino una rara enfermedad que los médicos no sabían explicarse, pero que algunos veían parecida a la lepra. Todas sus ilusiones cayeron por tierra. Se sintió acobardado. En aquellos momentos le vino una ráfaga de luz e hizo la promesa de abandonar el mundo y abrazar la vida religiosa si recobraba la salud.

Curó de modo que él mismo calificaba como milagroso y marchó a Nápoles para estudiar teología. Se entregó de lleno al estudio de las Sagradas Escrituras y llevaba una vida de gran piedad. La oración y los sacramentos eran el hilo conductor de su vida y la razón de ser. Renunció a la herencia paterna para estar más liberado de las ataduras del mundo. Por fin se ordena sacerdote en 1587.

Durante algún tiempo se entregó a ayudar entre los llamados *Penitentes blancos* que estaban condenados a muerte. El bien que hizo entre aquellos pobres ajusticiados no es fácil de poderlo resumir. Les alentaba a perdonar, a confiar en el Señor, les abrazaba y cuidaba como una madre. Todos morían en gracia de Dios y con gran alegría.

Pero Dios le quería por otros caminos. Providencialmente llegó —por error— una carta a sus manos en la que se hablaba de unos proyectos fundacionales de un nuevo Instituto en la Iglesia. Son tres los hombres elegidos en esta ocasión para dar vida a una Sociedad o Instituto que se llamará después *Clérigos Regulares Mínimos* y que, a diferencia de los Institutos que hasta entonces había, querían hacer hincapié en procurar ensamblar la vida contemplativa con la vida apostólica formando como un todo conjunto. Era el 1588 cuando se realizaba todo esto. Con esta ocasión nuestro Santo, para olvidarse de todo, cambia su nombre por el de Francisco.

Por todas partes donde pasa llama la atención por el ardiente amor que bulle en su corazón. El quiere que todos los hombres amen a Dios con todas sus fuerzas y que huyan del pecado. A los tres votos habituales añadían, el cuarto, el de no admitir dignidades eclesiásticas. En sus viajes por España para fundar conventos de su Orden fue recibido con gran afecto por los reyes Felipe II y Felipe III. Por fin, cargado de méritos, a sus 45 años, el 4 de junio de 1608, vigilia de la festividad del Corpus Christi, partió a la eternidad.



5 DE JUNIO: SAN BONIFACIO, Obispo y mártir (755)

Se le conoce con el nombre de Bonifacio o Winfrido y su fama ha llegado hasta nosotros, sobre todo, por haber sido el apóstol de Alemania.

Nació por el 680 en territorio de Wessex, Inglaterra, de una familia profundamente cristiana. Fue siempre un perfecto anglosajón.

Pasaron por allá unos monjes cuando tan sólo contaba cinco años y ya pidió a sus padres que le permitieran irse a vivir con ellos y como ellos. Sus padres, al principio, pusieron alguna resistencia, pero cuando tenía siete añitos se lo permitieron. Con ellos —con los monjes— pasó siete años entregado a recibir una sólida formación cristiana. Tenía catorce cuando se trasladó al monasterio de Nursinling, diócesis de Winchester, e ingresó ya como religioso benedictino en la Orden. Se entregó de lleno a su formación intelectual y religiosa. En cuanto a la primera salió muy aventajado, pues después de cursar todos los estudios que exigía la época, con gran seriedad y aprovechamiento fue condecorado como Maestro en Teología.

Pero mucho más que en los estudios científicos, aunque sagrados, se le veía progresar en la carrera de la santidad pues era notorio a todos

cuantos le trataban los progresos que hacía en toda la gama de virtudes y exigencias que lleva consigo una auténtica vida religiosa y monacal.

Estaba dispuesto para la gran obra que el Señor le tenía preparada: Obra de evangelización y de coronamiento del martirio. Por aquellos tiempos era bastante común la salida desde Inglaterra de fervorosos misioneros que surcaban las más diversas partes del mundo predicando el Mensaje de Jesucristo. Por aquellos días era famoso el misionero que llenaba toda Holanda, entonces Frisia, llamado Willibrordo. Continuamente llegaban a los Monasterios de Irlanda e Inglaterra llamadas urgentes de celosos misioneros. Nuestro santo se encontraba en la plenitud de la edad y estaba dispuesto a entregar su vida por Jesucristo y sus hermanos. Así lo manifestó al Padre Abad del Monasterio y el 716 partía en compañía de otros dos hermanos de hábito a extender la Buena Nueva de Jesús por tierras de Alemania, si esta era la voluntad del Papa San Gregorio II, a cuyas órdenes se ha puesto al llegar a visitarle a Roma.

El Papa le acoge con gran bondad, pues además de las elogiosas cartas credenciales del Obispo de Winchester, pronto descubre en su alma cualidades nada comunes para un fervoroso misionero. No se equivocó.

Gregorio II le envió a Frisia para que continuase la obra comenzada por San Willibrordo. Los benedictinos de Holanda quieren hacerlo Abad cosa que él rechaza con todas sus fuerzas y por ello vuelve a Roma para rogarle al Papa que le envíe a Alemania. El 719 le nombra el Papa Misionero apostólico y Legado suyo en Alemania: "...Ve a llevar el reino de Dios a cuantas naciones halles en tu camino, y que, en espíritu de virtud, sobriedad y caridad evangélica, derrames en las almas la predicación de los Testamentos".

Así comienza un fogoso apostolado y una maravillosa organización de cómo debe llevarse una evangelización con método y eficacia maravillosa. Una de las más bellas, sin duda, que cuenta la historia de la Iglesia en sus veinte siglos de historia.

Recorre ciudad por ciudad, pueblo por pueblo y organiza, instituye la jerarquía eclesiástica, funda Iglesias, monasterios de monjas y monjes, habla de Jesucristo a ricos y pobres, reyes y labriegos. Su celo no tiene límites. Organizó concilios, fundó Obispados. Por fin estaba maduro para el martirio. Fue el 5 de junio del 755, junto con otros cincuenta y dos compañeros por el fanatismo de unos gentiles enemigos de Jesucristo. Fue sepultado en Fulda



6 DE JUNIO: SAN NORBERTO, Obispo y fundador (+ 1134)

Este gran apóstol de Alemania e ilustre fundador de una ínclita Orden religiosa, nació el año 1080 en la pequeña ciudad de Santes, en los márgenes alemanes del Rin y no distante de Colonia.

Sus padres —Heriberto y Haduvije— descendían de familias nobles, emparentadas con los antiguos césares. Su cuna se meció sobre ricos tapices y en cuanto tuvo la edad competente fue enviado a las mejores escuelas de la época que en aquellos tiempos estaban en las célebres Abadías regentadas por sabios y prudentes religiosos. Todos pronosticaban un glorioso porvenir para este despierto muchacho que llamaba la atención por su belleza física, pero, sobre todo, por las cualidades de inteligencia nada común y de bondad que arrastraba a cuantos se acercaban a él.

El ejemplo de su tío, Federico de Corinthia, arzobispo de Colonia, fue, quizá, la causa de que se encaminara hacia la carrera sacerdotal. Su ordenación le introduce en la vida de prebendas y honores tras los cuales correrá hasta que alcance un canonicía en la misma catedral de Colonia. Su

vida es del todo aseglarada: Banquetes, correrías de caza, fiestas mundanas, llenan su vida.

Donde se encuentra, llama la atención por su belleza, su porte distinguido, su profundo saber. Las damas le siguen y acorralan como gacelas que quieren hacer presa de aquel inerme eclesiástico que apenas tiene de ello más que el nombre.

De este estado triste dio el primer paso hacia la libertad en su viaje a Roma donde en compañía del inicuo emperador Pascual II vivió una tragedia que le hizo pensar seriamente la razón de su existencia y el mal camino por el que se movía. El emperador se comportó de modo inicuo y vergonzante encarcelando al Papa y a los cardenales porque no consentían las investiduras de que hacía gala el emperador germano. Norberto sintió aquella villanía de su amo y fue a visitar al sumo Pontífice a la cárcel y a pedirle perdón. Vuelto a Colonia rechazó el obispado de Cambray que le ofrecía el emperador.

El segundo y definitivo paso parece que fue cuando se dirigía con un jinete a un convento de Freten de Westfalia quizá arrastrado por pasiones malsanas. Iba cual otro Saulo camino de Damasco. Era una tarde espléndida, pero muy pronto se oscureció y cayó una terrible tormenta. En aquel momento un rayo cae sobre Norberto y él, su compañero y caballos caen envueltos en lodo y ramas de árboles. Podía haber muerto en el acto. Piensa en la muerte y en la gracia de Dios que le ha librado de ir al infierno. Se arrepiente, hace una confesión general de sus pecados y se ordena sacerdote. Quiere ir gritando por todas partes pidiendo perdón por sus escándalos y ayudando a otros a que abandonen la mala vida. Predica sin descanso. Recorre ciudades y países llevando el mensaje de Jesucristo a todas partes. Se retira a Premontre y después de mucha oración se decide a fundar una Orden que sepa hermanar el culto litúrgico con el apostolado y el trabajo. La grandes Ordenes antes tan beneméritas están atravesando un mal momento. Norberto quiere devolverles su sabor y generosidad primigenia. Confía en la ayuda de la gracia. Pronto se le unen muchos compañeros... Norberto, por medio de su Orden, hace prodigios en todas partes.

Un día en presencia del emperador Lotario, después de un sermón maravilloso de Norberto, el pueblo aclama: “¡Norberto, arzobispo de Magdeburgo!”. Se resiste pero debe acceder... Se entrega a la caridad, a la formación del clero, al apostolado y a la oración... El 6 de junio de 1134 espiraba el gran “Maestro” como le llamó San Bernardo.



7 DE JUNIO: BEATA ANA DE SAN BARTOLOME, virgen (+ 1626)

Nació en Almendral de la provincia de Toledo, el 10 de octubre de 1549. Sus padres —Fernando y María— eran muy buenos cristianos y educaron cristianamente a su hija.

Gracias a su autobiografía, que escribió por obediencia, conocemos muchos detalles de su preciosa vida. Toda ella está transida de hechos sencillos y conmovedores en los que se aprecia el influjo que ejerció en su alma la gracia de Dios a la que no solamente no puso obstáculo alguno, sino que supo colaborar para que la obra saliera perfecta.

Cuenta ella misma que desde tan pequeñita que casi no sabía hablar ni entender, ya tenía un gran miedo al pecado y una gran pena por si podía perder la gracia de Dios. “Lloro, dijo en cierta ocasión cuando apenas tenía cinco añitos, porque tengo miedo de pecar y condenarme”.

Al igual que la Santa Madre Teresa de Jesús, que la elegirá como su “secretaria y enfermera” nos contará las ricas experiencias místicas que el Señor obró generosamente en su alma. A los diez añitos quedó huérfana y sus hermanos mayores la encargaron de cuidar ovejitas. Lo hacía con gran cariño y entrega. Se cuenta que se le aparecía el Niño Jesús y

pasaba ratos deliciosos jugando con él como si tal cosa. Hacía ermitas y altarcillos como los hiciera unos años antes en Avila Santa Teresa. Después escribirá Ana: “En todas partes se me mostraba el Niño Jesús y parecía que crecía conmigo”. Esto le ayudaba a vivir continuamente en la presencia de Dios y a llevar una vida de intensa vida de oración y de sacramentos. Pasaba horas pensando en Dios y ensimismada en alta contemplación.

Cuando cumplió los 21 años, sus hermanos la animaban a que contrajera matrimonio. Ella se resistía ya que decía que se había consagrado al servicio del Señor y que le había consagrado para siempre su virginidad. Pero tanto y con tantas razones la empujaban a formar un hogar que casi estuvo a punto de ceder si es que encontrase un “joven muy santo, muy rico, muy agradable y que la ayudase a servir mejor al Señor”. Mientras esto pensaba, se le apareció aquel Niño de hacía años, ahora ya en edad juvenil, mientras le decía al oído: “Yo soy el que tú quieres y conmigo te has de casar” y desapareció.

Desde entonces ya sólo ansió consagrarse del todo al Señor en el estado religioso. Quiso ser carmelita del recién fundado convento de San José por la Madre Teresa de Jesús. Un hermano suyo quiso impedirlo y hasta casi la atravesó con su espada para obstaculizar su ingreso, pero por fin todos cedieron y el 1 de noviembre de 1570 ingresaba en la Orden de la Virgen.

Ana se entregó de lleno a la vida del Noviciado siendo modelo para las mismas profesas. Fue la primera “freila” que recibió la Santa Madre en su Reforma. Santa Teresa se vio obligada a frenar sus ímpetus de mortificación y oración por miedo a que enfermara y le dijo: “Hay que poner las cosas en su punto: cuando a orar, orar, cuando a dormir, dormir...”.

La Santa Madre, para probarla en la humildad, hace como que no se da cuenta de las maravillas que el Señor obra en su hija predilecta y la ordena se entregue a los más humildes oficios: portera, cocinera, enfermera y la hace su misma “secretaria” y ella, que apenas sabía leer ni escribir, lo hace de modo maravilloso. Ana será quien reciba su último suspiro en Alba el 4 de octubre de 1582. Ana extenderá el Carmelo en Francia y Flandes. Trabajó siempre mucho por la Iglesia y por la salvación de las almas... Le había dicho al Señor: “Señor, cuando me llevéis, que sea sin ruido”. Fue el 7 de junio de 1626 en Amberes.



8 DE JUNIO: SAN MEDARDO, Obispo (+ 545)

San Medardo es un gran santo milagrero. Es uno de los primeros santos que produjo la Francia recién convertida por San Remigio, quien hizo bautizar al rey Clodoveo en Reims mientras le decía: “Inclina la frente, fiero sicambo, y de ahora en adelante quema lo que has adorado y adora lo que has quemado”.

Cuando muere Clodeveo el 511, estaba mediando en su plena madurez. Había nacido en Salency en la segunda mitad del siglo V. Sus padres Néstor y Protagia, también ellos cristianos, educaron lo mejor que pudieron a su hijo. Este estaba llamado por la Divina Providencia para algo muy grande. Eran muchos los prodigios que desde muy pequeñín se realizaban sobre él para poder presagiar de este modo.

El famoso pintor galo, Gallot, ha inmortalizado la escena. Era todavía muy niño Medardo cuando un día paseaba por el campo y se levantó una terrible tormenta. Granizaba con fuerza y llovía torrencialmente. El niño ni se mojó ni recibió golpe alguno del granizo. Un águila muy grande extendió sus alas sobre la cabeza del niño Medardo y le hacía de maravilloso paraguas.

La vida de Medardo de ahora en adelante irá toda ella rodeada de toda clase de prodigios y de gracias sobrenaturales hasta el punto de llegar a ser uno de los Santos que han gozado y gozan de más fama de “milagreros”.

Sus padres lo encomendaron a los monjes para que le dieran una digna educación. En las letras y en las artes progresó maravillosamente siendo la admiración de sus mismos maestros hasta tal punto que ya no sabían qué enseñarle porque sabía más que ellos.

Pero más aún que en las ciencias se le veía progresar en la santidad. Se le veía absorto en la oración. Pasaba largas horas en la Iglesia y entregado a obras de caridad. Más de una vez su padre hubo de reñirle porque había entregado a los pobres hasta su misma cabalgadura. Su padre intentó encaminarlo por la carrera militar, pero pronto se dio cuenta que la suya era la de clérigo. Estudió teología y en poco tiempo los superiores le vieron preparado para ser ordenado sacerdote.

Queremos redactar el hecho, quizás único en la historia de los Santos, que Medardo tuvo otro hermano que se llamó Gildardo y que fue idéntico a Medardo que parece eran como una sola persona. La divina Providencia los unió desde la cuna al sepulcro: Nacieron el mismo día; se ordenaron sacerdotes el mismo día: fueron ungidos obispos el mismo día; y el mismo día y a la misma hora, volaron al cielo a recibir el premio de sus muchas virtudes. Los dos son Santos, pero San Gildardo, no es tan conocido y por ello hoy se celebra sólo San Medardo. Quizá porque éste es al que más “milagros” le atribuye el pueblo.

La vida de Medardo está cuajada de sabrosas anécdotas que demuestran su gran caridad y cómo sabía siempre sacar bien del mal. A los ladroncillos que abundaban por aquellos parajes solía cogerlos infraganti y en vez de llevarlos a la cárcel les hacía reconocer sus pecados y que se corrigieran de ellos.

Instituyó la famosa “Fiesta de la Rosa” que consistía en coronar de flores a la joven que a lo largo del año se había distinguido por su bondad y caridad... y le daban ricos regalos. ¡Este sí que era un buen concurso de belleza! El año 530 es elegido Obispo. Se entregó de lleno como padre al cuidado de su clero y los fieles. Por ellos estaba dispuesto a morir. Lleno de trabajos y milagros volaba al cielo el 545, el 8 de junio.



9 DE JUNIO: SAN EFREN, Diácono y Doctor de la Iglesia (+ ca. 373)

No es críticamente cierta la cronología ni la historia de este gran Santo que ha llegado hasta nosotros con los piropos de “Arpa del Espíritu Santo, Cantor de la Virgen Inmaculada, Profeta de los sirios, Maestro del Orbe...”.

Poco sabemos de su niñez. Algunos historiadores creen que sus padres eran cristianos por la sencilla razón de que los nombres bíblicos solamente solían ponerlos a sus hijos los cristianos. Por otra parte parece confirmado por cuanto él mismo cuenta que se aplicaba a sí mismo las interpretaciones que la Biblia da de los nombres parecidos al suyo. En su “Testamento” cuenta que tuvo un visión de niño que fue así: “Vi —dice— aparecerse sobre mi lengua una vid que creció tanto hasta que sus ramas cubrieron casi el mundo entero; de sus numerosísimos racimos picoteaban los pájaros del cielo y nunca la uva venía a menos, sino que aumentaba a cada picoteo...”. Era la visión profética de lo que sería su gigantesca obra con sus escritos tan numerosos y bellos que después serían traducidos a casi todos los idiomas conocidos y su doctrina sobre

Jesucristo, y demás temas eclesiales, especialmente la Virgen María, se extendería a todo el mundo.

Nació en Nísibe de Mesopotamia, la actual Irak por el 306.

Parece ser que Efrén se puso al servicio del Obispo de Nísibe, que era el santo varón Jacobo y éste le encomendó que abriera una Escuela en la que se enseñase, sobre todo, la Sagrada Escritura. Allí Efrén dio comienzo a escribir sus famosos *Carmina Nisebina*.

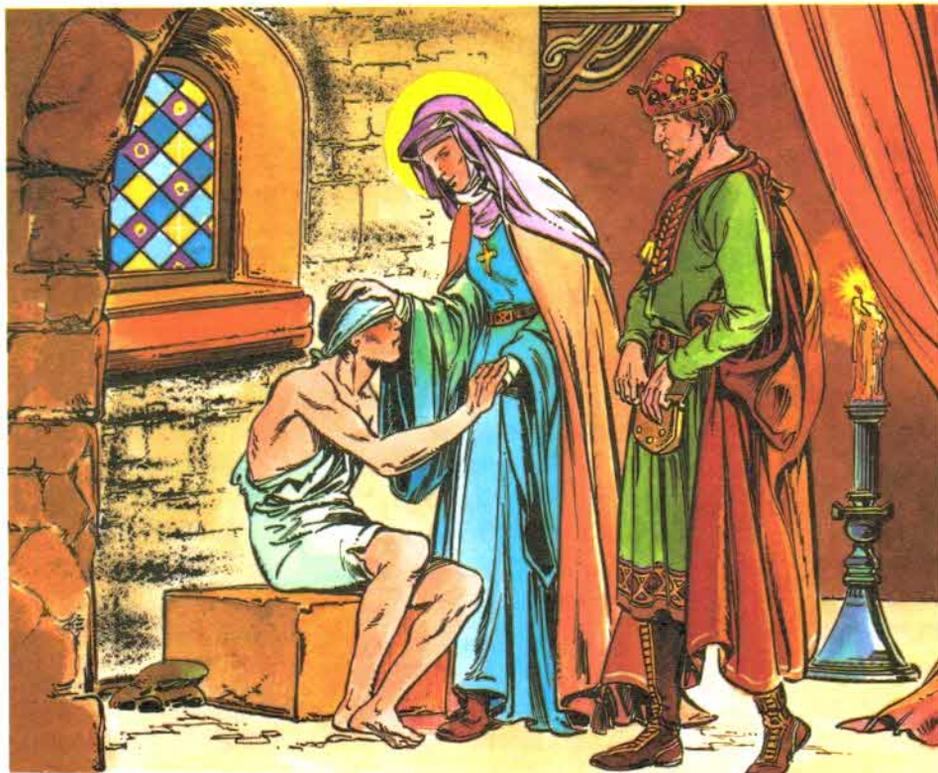
Efrén salvó la ciudad de Nísibe del saqueo y muerte, amenazada por el rey persa Sapor. Efrén se puso en oración y pidió fervorosamente por la ciudad. Y la noche anterior al saqueo el Señor envió una tal cantidad de insectos a los soldados sitiadores que les obligó a huir precipitadamente.

En Edesa fundó otra Escuela Bíblica que grandemente influyó en todos aquellos contornos y aún más allá. Hasta los más ignorantes citaban las Sagradas Escrituras, pues la conocían de memoria. Las mismas mujeres citaban la Biblia en cualquier circunstancia y con gran acierto. Se cuenta que una mujer que fue corregida por el Santo por sus miradas provocativas le contestó: “Yo tengo que mirarte porque de ti he sido tomada, más tú tienes que rebajar tu mirada hacia la tierra, de donde has sido tomado”.

Su encuentro con San Basilio, cuyo nombre llenaba toda la cristiandad, fue emocionante como el mismo San Efrén nos lo cuenta. Era por el 370. Después de las respectivas presentaciones, le dijo San Efrén: “¡Oh Padre mío, guárdame de mi debilidad y de mis negligencias; dirígeme por el camino recto, el Dios de las inteligencias me ha traído hasta ti para que seas mi médico. Detén mi navío en la onda del reposo!”.

Efrén, sobre todo, es poeta, un inspiradísimo poeta como pocos hayan existido en toda la historia de la humanidad. Tiene preciosos comentarios a las Sagradas Escrituras. Encantadores sus “Himnos fúnebres”. Compuso muchos himnos y comentarios preciosos sobre la Virgen María, especialmente sobre la Inmaculada. Bien ha merecido el título de “Cantor de la Virgen Inmaculada”.

La caridad ardía en sus entrañas. Dio cuanto tenía para los pobres. Ya anciano se puso a edificar un hospital para sus conciudadanos de Edesa. Ellos llorarán su muerte como la del padre más amado. A pesar de ser simplemente Diácono hará el oficio de sacerdote, de obispo y de papa, ya que su influjo en la Iglesia de su tiempo no fue superado por nadie. Santamente volaba al cielo el 373 ordenando que no se le hicieran honras fúnebres aunque en esto sus hijos espirituales no le hicieron caso.



10 DE JUNIO: SANTA MARGARITA DE ESCOCIA, reina (+ 1093)

Santa Margarita, reina de Escocia, nació por el 1045 en Hungría, de estirpe regia, tanto por parte del padre como de la madre. Descendiente también de santos. Ella une las sangres reales de Hungría, Inglaterra y Escocia.

Era de naturaleza bondadosa, inteligente, caritativa y piadosa. Una nota resaltaba, sobre todo: su gran caridad para con los necesitados. Era muy observadora y trataba de seguir el consejo de San Pablo “examinar todas las cosas y quedarse con lo bueno”. A su alrededor ciertamente que hubo mucho de bueno, pero tampoco le faltaron pruebas y dificultades. La divina Providencia dirigió siempre sus pasos.

Fue hija del príncipe Eduardo de Ultramar y de Agueda que era nieta, esposa y madre de reyes. Sus padres, muy buenos cristianos, la educaron según correspondía a su estirpe regia y en los principios de la doctrina de Jesucristo. Siendo muy niña todavía —quizá por el 1055— pasó a Inglaterra, en cuya corte continuó recibiendo la misma esmerada educación, ya que aquellos reyes eran igualmente ejemplares y cristianos. Era rey de Inglaterra su santo tío Eduardo, llamado “el Confesor”, que

murió el 1066. Poco antes murió su mismo padre el príncipe Eduardo de Ultramar. La pobre Margarita debe sufrir enormemente ante estas pérdidas de seres tan queridos. La Providencia va madurando su espíritu para cuando lleguen pruebas más fuertes todavía.

Apenas es coronado como rey de Inglaterra su hermano Edgardo, sobrevino sobre Inglaterra la invasión del normando Guillermo el Conquistador que destronó al joven rey. La familia real, sufre toda clase de vejaciones. La madre, Agueda, toma a sus tres hijos: Edgardo, Margarita y Cristina, y huye en una embarcación hacia el Continente. No sabemos si fueron empujados por una tormenta. Lo cierto es que dieron con las costas de Escocia y pidieron ayuda al monarca Malcom III, rey de Escocia. Todo fue guiado por la divina Providencia, ya que ésta fue la ocasión de que el rey quedase prendado de la bondad y belleza de la princesa Margarita y la pidió por esposa y reina. El breviario Romano decía "que el rey Malcom III quedó prendado por las egregias dotes de Margarita". Margarita por su parte no puso resistencia ya que veía que el rey era un buen cristiano y gozaba de muy buena fama.

Margarita, una vez constituida reina de Escocia, se entregó de lleno al gobierno del palacio, y a la educación de sus seis hijos que le concedió el Señor. Amó tiernamente a su esposo y fue siempre su brazo derecho. El rey sabía muy bien manejar el acero de las espadas y los jinetes, pero apenas sabía nada de letras ni tenía cultura alguna. Por ello acudía a la reina para que fuera ella quien dirigiera los destinos intrincados de la nación. El rey la amó tiernamente, y, como buen cristiano, le fue siempre fiel y cumplidor de cuanto mandaba la ley de Jesucristo.

El palacio de Dunfermline parecía más bien un monasterio que un palacio o, mejor, un hospital a causa de enfermos e inválidos, ya que todos tenían allí cabida. Margarita supo educar tan bien a sus hijos que la mayor parte eligieron el camino de la perfección evangélica. Cosa que hizo también su misma madre y su hermana Cristina. Margarita presidió Concilios y asambleas cristianas. Fundó Iglesias y dotó de pingües dotes muchas fundaciones caritativas. Por todas partes extendía el bien sin distinción de personas...

La dura prueba que le faltaba iba a llegar. Su esposo y su hijo Eduardo, el primogénito, fueron asesinados vilmente por un enemigo inglés. Margarita lloró la desgracia pero besó la mano de Dios que así la probaba. Llena de méritos moría el 16 de noviembre de 1093.



11 DE JUNIO: SAN BERNABÉ, Apóstol (s. I)

No es mucho lo que sabemos de Bernabé como le llamaron los Apóstoles, aunque su nombre era José. Parece ser que era uno de los judíos de la diáspora y que había nacido en Chipre. Su juventud es fácil que la pasara o en Chipre o en Jerusalén. Parece ser que era tío de Juan Marcos.

“Como era hombre de bien, lleno de Espíritu Santo y de fe, una gran multitud se adhirió al Señor”, se dice en los Hechos de los Apóstoles. Según esto, a Bernabé podemos considerarlo como el Patrono de las virtudes humanas, virtudes que también vienen de Dios. Además, sin las virtudes humanas, las sobrenaturales no tienen donde apoyarse. *“Las virtudes sobrenaturales apestan como el pescado podrido, si no se injertan en el tronco de las virtudes humanas”*.

Así dice la Escritura: *“como era un hombre de bien”*. Pero al liturgo que compuso la Misa le faltó sensibilidad, y en la oración colecta omitió este inciso. Era también generoso Bernabé: *“Vendió el campo que tenía, y llevó el precio, y lo puso a los pies de los Apóstoles”*, como recogen los Hechos.

Bernabé no pertenece propiamente al número de los Doce elegidos

por Jesús para formar su primera y más íntima Comunidad, pero sí parece que formó parte de los Setenta y dos discípulos elegidos por el Señor para llevar su Mensaje por todas partes. Más aún, el apóstol Pablo siempre llama a Bernabé “apóstol”, porque parece estuvo más asociado al Colegio Apostólico que el resto de los Discípulos. La liturgia le conserva este honroso título de “apóstol”.

Quizá fue compañero de Pablo y pertenecía también a los que frecuentaban la escuela de Gamaliel. También es fácil que fuera amigo de Esteban el que será el protomártir del cristianismo.

¿Cuándo abrazó la fe cristiana Bernabé? No lo sabemos. Pudo ser al contemplar alguno de los prodigiosos milagros de Jesús, al oír las cosas maravillosas y nunca oídas que brotaban de los labios del Maestro.

San Juan Crisóstomo, que quizá conoció fuentes autorizadas, dijo de Bernabé: “En todo era excelente: bella disposición, genio apacible, generoso, recto, sincero, lleno de bondad; de educación esmerada, de modales atentos y finos, de tanta modestia y compostura, que se atraía la simpatía de cuantos le trataban, y arrastraba y cautivaba los corazones”.

Bernabé gozaba de gran autoridad entre los Apóstoles ya que su intervención entre los judaizantes y helenizantes fue definitiva en el Concilio de Jerusalén.

Otra intervención de gran valía para el cristianismo fue el haber introducido al convertido Pablo a formar parte de los auténticos seguidores de Jesucristo. Dice el libro de los Hechos de los Apóstoles: “Entonces tomó de la mano a su amigo, lo llevó a los Apóstoles y les contó cómo se le ha había aparecido el Señor en el camino”.

Su mismo nombre que en arameo significa “hijo de la profecía, “hijo de la consolación” refleja la misión que le estaba encomendada a Bernabé. Marchará en primer lugar a Autoquía donde al ver que es tanta la mies y tan pocos los operarios llamará a Pablo para que le ayude en el apostolado. De Antioquía pasa a Chipre donde predica con ardiente celo el Mensaje de Jesucristo. Acompaña a Pablo en su primer viaje. Por todas partes va dando testimonio de su celo por la gloria de Dios. A todos quiere convertir a la verdadera fe.

Parece que volvió a Jerusalén y aquí murió mártir por Jesucristo después que en muchas ocasiones ya “había expuesto su vida por el nombre de Jesús”.



12 DE JUNIO: SAN JUAN DE SAHAGUN, Presbítero (+ 1479)

El día 24 de junio de 1430, fiesta de San Juan Bautista, en Sahagún, en el pueblecillo de León, de los cristianos padres Juan González del Castillo y Sancha Martínez venía al mundo este niño que haría famosa a su villa natal más que ninguno de sus predecesores.

Al igual que su Santo, será un verdadero predecesor de los designios de Dios y celoso predicador de la Palabra divina, además de obrador de muchos milagros.

Sus padres le educaron con la seriedad de castellanos bien formados en la fe de Jesucristo. Al pequeño Juan se le veía crecer de día en día en ciencia y virtud. Era angelical y transparente.

Su padre hubiera querido que fueran las armas el futuro de su hijo, conseguido milagrosamente después de muchos años que estaban esperando descendencia, pero otros era los designios de la Divina Providencia. Le atraía más la Iglesia que el cuartel y más la oración que la espada. Su padre, buen cristiano, no se opuso cuando su hijo le manifestó sus deseos de ser sacerdote, pensó: “También puede medrar en esta carrera y el

nombre de nuestra familia puede subir de prestigio si el pequeño llega a ser algo grande entre el clero”. Y a fe que llegó. No con prebendas humanas o de dignidades eclesiásticas sino con virtud y observancia en la vida que abrazaría.

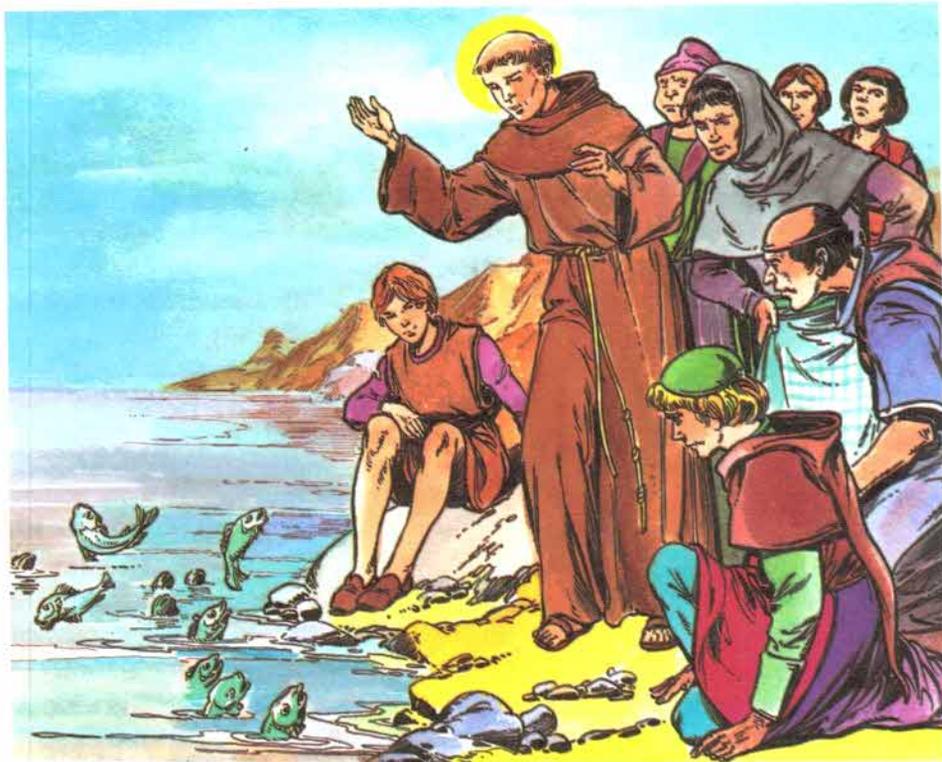
Estudió en su mismo pueblo con los Padres Benedictinos. Llamaba la atención por su ejemplar comportamiento y su rendimiento en los estudios. Los compañeros le admiraban y amaban por su sencillez y bondad. Los superiores lo señalaban siempre como modelo para los demás.

Abrazó la vida sacerdotal y el arzobispo de Burgos D. Alonso de Cartagena, lo nombró su paje y después canónigo y capellán. Tenía nada más que veinte años. Otro cualquiera en su lugar se sentiría satisfecho por tanta prebenda. El, no. Estos halagos no llenaban su corazón y sólo ansiaba encontrar lo que tan afanosamente buscaba. Renunció a todo y marchó a Salamanca donde pensaba pasar desapercibido de todos y poderse entregar al estudio y la oración y caridad.

Salamanca iba a ser su segunda patria y donde echaría hondas raíces y haría un gran bien a todos. Entró en el Colegio de San Bartolomé que haría famoso por sus prodigios. Una vez concluidos los estudios, se entregó de lleno a la predicación. Era, podemos afirmar, el predicador oficial de Salamanca.

Sin saberse explicar la causa, le sobrevino una rara enfermedad de la que curó de modo semimilagroso. Esta fue la gracia definitiva. Lo cuenta él mismo: “Lo que pasó aquella noche entre Dios y mi alma El solo lo sabe; y luego, a la mañana, fuime a San Agustín, alumbrado por el Espíritu Santo y recibí este hábito”. Era el 18 de junio de 1463. Empezó el noviciado a los treinta y tres años y ganaba a todos en observancia, oración y vida mortificada. “Estaba en el coro como un ángel” depuso un compañero. Desde ahora se llamará Fray Juan de Sahagún, agustino.

Salamanca entonces estaba sumida en odios y rencores. Las riñas y muertes violentas estaban a la orden del día. Fray Juan estaba siempre dispuesto para acudir a pacificar los enconos. Bien pudo ganarse el apelativo con que era conocido: “El pacificador”. Su vida está llena de sabrosas anécdotas y de portentosos milagros en esta línea. Obraba los milagros sin darles importancia. Era muy querido de todos. Fue envenenado por un pérfida mujer y moría el 11 de junio de 1479, llorado por toda Salamanca.



13 DE JUNIO: SAN ANTONIO DE PADUA, Presbítero y Doctor (+ 1231)

“El Santo de todo el mundo” le llamó el Papa León XIII. Y no exageraba, ya que San Antonio es sin duda alguna, el Santo más popular de la Iglesia. Pero, sobre todo, es venerado por la gente humilde que sabe descubrir en él la ayuda y el ejemplo en las cosas ordinarias y sencillas.

Bien podía el Papa Pío XII, en 1946, el declararle Doctor de la Iglesia, felicitar a Portugal por haber regalado al mundo esta magnífica flor y a Padua por haberlo recibido en su tierra donde realizó toda clase de prodigios. Pero ¿por qué es famoso San Antonio? El mismo Pío XII lo declaraba al afirmar que esta fama le venía, “por la santidad de su vida, por la insigne fama de sus milagros y por el esplendor de su doctrina... Por todo ello iluminó y sigue ahora iluminando a todo el universo...”.

Nació en Lisboa y le fue impuesto el nombre de Hernando o Fernando con el que se le conocerá hasta los veintiocho años cuando ingresó en la Orden Seráfica que cambiará por el de Antonio.

Sus padres se llamaron Martín Bullones y Teresa Tavera. Dieron una sencilla y cristiana educación a su hijo.

A los 15 años se entregó a una vida de fervor religioso y estudio concienzudo. Los Canónigos Regulares de San Agustín forjaron aquella inteligencia y modelaron aquel corazón que tanto supo amar a Dios y a las criaturas. Estudió primero en Lisboa y después pasó a la célebre ciudad de Coimbra. Mientras estaba en esta ciudad presenció la llegada de los cuerpos de los cinco primeros mártires franciscanos muertos por su fe en Jesucristo, en Marruecos. Fernando recibió como un aldabonazo muy fuerte en su corazón y como una llamada a ser Mártir como aquellos valientes religiosos. Ni corto ni perezoso corre a la portería de los Frailes Menores, al convento de San Antonio de los Olivares, y le dice al P. Guardián a quemarropa: —“Padre, si me prometéis enviarme a tierra de moros, os ruego que me deis vuestro hábito”.

Es el verano de 1220. Antonio tiene 25 años. Su noviciado fue breve pero bien aprovechado. Asimila las virtudes y la Regla del Padre San Francisco. El P. Guardián sabe que debe cumplir la promesa hecha a Antonio de enviarlo en cuanto haya ocasión a tierra a moros, y, así lo hace en la primavera del 1221. Llegando ya a Murruecos una enfermedad le hace volver hacia España, pero una tormenta arrastra la embarcación hasta Sicilia y allí desembarcan. Su encuentro con San Francisco fue digno de quedar grabado para siempre en la historia franciscana. El Serafín de Asís le llamaba cariñosamente “mi obispo”. Le ordena que reciba el sacerdocio con estas palabras: “A mi querido hermano Antonio, saluda en Cristo el hermano Francisco: Paréceme que leas a los frailes la teología; con tal de que, por el demasiado estudio, no apagues en ti ni en ellos el fervor y el espíritu de la santa oración, según en la Regla se contiene”.

Se entrega a predicar por Italia y Francia. Durante diez años lleva el mensaje por todas partes y lo confirma con ruidosos milagros hasta llegar a ser el mayor dramaturgo de todos los tiempos.

Hablaba a los hombres, a los pájaros y a los peces. Estos le obedecían y cantaban las glorias del Creador. Mereció ser canonizado al año de su muerte y es conocido como “El Doctor evangélico”. “El Santo de los milagros”. “El Arca del Testamento”. “El Santo de todo el mundo”.

El 13 de junio de 1231, con las palabras “Ya veo a Dios”, volaba a la eternidad.



14 DE JUNIO: SAN ELISEO, Profeta (s. IX antes de Cristo)

Eliseo —“Dios es mi salvación”— es una figura dominante en el siglo IX antes de Cristo. Por la Biblia sabemos que su padre se llamaba Sabat, que era originario de Abel Meholah, al sur de Bet-Shan, y que su familia era una familia bien acomodada (1 Re 19, 16-19).

Dios lo elige directa y especialmente para que vaya en seguimiento de Elías (1 Re, 19, 19 ss) al cual sucederá después de la misteriosa desaparición de éste, heredando su espíritu en la media establecida por la Ley para los primogénitos.

Las Sagradas Escrituras le dan el apelativo de “hombre de Dios” y esta afirmación se revela principalmente por los prodigios que obra a lo largo de toda su vida.

Su vida es más llamativa que la de Elías por los prodigios que obra pero su influjo fue menor, tan solamente una vez se le nombra en el Nuevo Testamento (Lc 4, 27) mientras a Elías 30 veces.

Su vida, a veces calcada en la de Elías, la recogen los dos Libros de los Reyes. Gozó de gran estimación entre los Reyes Yosafat (2 Re 3, 12) y Yoás (2 Re, 13, 14-19).

Aparece en la Biblia cuando sigue a Elías y él recibe el doble espíritu (2 Re, 1) y termina con el milagro que tuvo lugar con el cadáver del Profeta ya enterrado (2 Re, 13, 21).

La mayoría de las narraciones, que semejan “florecillas”, muestran a Eliseo rodeado de sus discípulos o “hijos de los Profetas” que constituirán dentro de la historia de Israel un grupo muy característico y original.

Se ha escrito mucho sobre estos “Hijos de los Profetas” y su influencia en el pueblo de Israel y aun en el Nuevo Testamento, pero todavía faltan estudios serios que demuestren muchas cosas todavía oscuras sobre ellos.

Una síntesis de la vida de Eliseo, tal como nos la presenta la Sagrada Escritura, podía ser ésta:

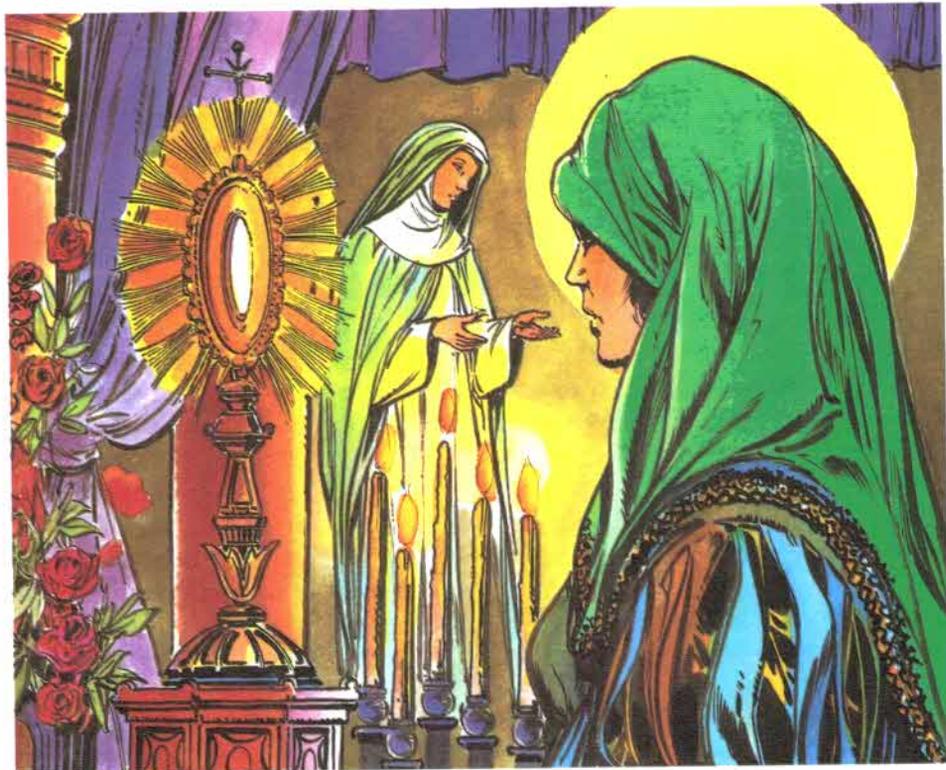
a) *Es el Profeta de los milagros*: Parece que el autor de estos relatos intentaba presentarlo como enviado de Dios y predicador del Dios verdadero, ya que sólo el que viene de Dios es capaz de hacer milagros. Son algunos de ellos muy encantadores.

b) *El discípulo de Elías*: Este es su timbre de más valía. Estaba con los bueyes de su padre y le invita Elías que le siga. A su lado aprenderá la fe en Yahvé y la fidelidad en su servicio. Seguirá sus pasos y tratará siempre de serle fiel. Cuando Elías sea arrebatado al cielo, los discípulos le seguirán sólo porque verán en él una continuación del espíritu de Elías.

c) *En las guerra y revoluciones*: Eran tiempos turbulentos aquellos. La actividad de Eliseo no se limita a las fraternidades de sus discípulos. Llega a todos los rincones del Reino donde su presencia es necesaria. Interviene en varios litigios entre reyes pero nunca tomará parte en los sangrientos ajustes de cuentas.

d) *Con los hermanos profetas*: Parece que en embrión los organizó Elías, pero llegaron a su plenitud en tiempos de Eliseo, quien les dio forma estable. Llevan vida común. Parece que guardaban la castidad o celibato. Se hacían tonsura y llevaban una vida muy austera y de oración continuada.

Los Carmelitas tomaron a Elías y Eliseo como “padres espirituales” de la Orden y desde muy antiguo celebraban la fiesta de San Eliseo hoy, y la de San Elías el 20 de junio.



15 DE JUNIO: SANTA MARIA MICAELA DEL SANTISIMO SACRAMENTO, Virgen (+ 1865)

“¿Quieres ser mi madre?” Así dijo, con ingenuidad y amor, la baronesa María Micaela del Santísimo Sacramento, al verse huérfana de madre, a la Virgen de los Dolores que tenía en su alcoba. Ella misma cuenta en su preciosa y sobria Autobiografía, que escribió por obediencia, que a lo largo de su vida pudo apreciar que la Virgen María oyó tal petición ya que sintió siempre su maternal protección.

El día de Año Nuevo de 1809 nació en Madrid de los cristianos padres Miguel Desmaisieres, de la nobleza flamenca, y Bernarda López Dicastillo, dama de la reina María Luisa.

La naturaleza y la gracia fueron muy generosas con la niña Micaela. Familia noble y rica, belleza física, padres ejemplares, inteligencia, bondad de corazón... Todo le sonreía. La educación tan esmerada que recibió también fue otro regalo del Señor. Cuenta la misma Micaela: “Mi madre nos hacía aprender a planchar y guisar a las tres hermanas que éramos, por lo que pudiera suceder. También teníamos que pintar, bor-

dar, escribir, tocar diversos instrumentos y hacer un sinnúmero de rezos. Todo esto sin descanso, pues era esclava del deber”.

La caridad, que será el eje de su vida, ya la ejerce desde la más temprana edad. En Guadalajara funda una escuelita para niños pobres y ella es la maestra. Les trae regalos, les enseña a rezar, los lleva a hacer la visita al Santísimo Sacramento, al que también desde niña ama con toda su alma. Ella sabe muy bien que allí está el centro de la vida cristiana y no desperdicia un momento para estar con El y para llevarle compañía.

La vizcondesita de Jorbalán se ve obligada a acompañar, a su hermano, Conde de la Vega del Pozo, a París que va como Embajador y también por las ciudades de España. Madrid conoce a esta joven encantadora. Micaela se ve obligada, a pesar de su sinceridad, pues odia la doblez y el engaño, a llevar una doble vida: Por la mañana se entrega a actos de caridad y de piedad: asiste a Misa, reza el rosario, hace oración mental y visita hospitales y enfermos. Por la tarde se ve obligada, muy a pesar suyo, a llevar vida más mundana: asiste al teatro, a reuniones de alta sociedad y debe procurar no desentonar llevando trajes elegantes y collares y pulseras. Pero a ella todo esto la deja insensible y no mancilla su alma. No perdía en medio de este mundanal ruido la presencia de Dios en su alma. Ella misma podía sólo afirmar con ingenuidad: “Salía del teatro y los salones sin haber perdido un solo instante la presencia divina”. Y bajo los trajes elegantes llevaba el cilicio.

No hay duda de que lo que más le ayudó en esta empresa de su propia santificación y en el gozoso apostolado que ejerció a lo largo de toda su vida, fue su gran amor al Santísimo Sacramento del Altar. Escribió en su Autobiografía: “Ofrecí a Jesús enviarle cada día muchos pensamientos amorosos a todos los Sagrarios del mundo, para que tenga amor y mi corazón por compañía”. Para más tenerle presente, añadirá su nombre al suyo, y a sus hijas espirituales les dirá con fuerza: “Hijas mías, que en el amor de Jesús Eucaristía nadie os aventaje”.

La Caridad, el amor a los pobres, sobre todo a las muchachas que llevan mala vida, es donde ha visto que debe poner los acentos de la nueva fundación que lleva entre manos. Hay que salvar a estas futuras madres que tanto pueden influir en la marcha del mundo. Visita a los apestados. El 24 de agosto de 1865, mártir de la caridad, moría en Valencia afectada por el cólera. Antes había regalado a la Iglesia, un Instituto: *Las Adoradoras, Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad*.



16 DE JUNIO: SAN JUAN FRANCISCO DE REGIS Presbítero (+ 1640)

La mejor síntesis de su biografía tan estupenda nos la da él con estas palabras de autoconfesión: “Mi vida ¿para qué es sino para sacrificarla por las almas? ¿Cómo podría probar yo mi amor a Dios, si no ofrezco lo que más se estima en este mundo, la salud y la vida? No me sería grata la vida si no tuviere algo que perder por Jesucristo. Siento un deseo vivísimo de ir a las mansiones de los iroqueses y ofrecer mi vida por la salvación de aquellos salvajes”.

Nos encontramos, pues, ante un hombre totalmente de Dios y entregado al amor de sus hermanos para llevarlos a Cristo. Un elocuente predicador, un maravilloso maestro y un celoso misionero capaz de derramar su sangre si llegare la ocasión.

Nació en Fontcouverte, en Languedoc, (Francia) el 31 de enero de 1587. Sus padres muy fervorosos cristianos y en muy buena posición económica, lo educaron en la sobriedad y en los más sanos principios cristianos. De niño sólo llamaba la atención por sus modales dulces,

atento, servicial y muy entregado a cuanto se refiere a la Iglesia. Nunca se cansaba de estar en ella ni de los rezos familiares por más que se prolongasen.

Por el 1610, comienza a frecuentar el colegio de los jesuitas de Béziers. Tiene trece años. Llama la atención no por hacer algo raro, sino por hacer todo cuanto estaba mandado perfectamente bien. Es el primero en todo: Estudios, piedad, esparcimientos, pero lo que más gusta a sus superiores y compañeros es ver que no se lo cree. Es sencillo, humilde, el compañero más fiel. ¿Dónde encuentra Juan Francisco la fuerza para ello? En su ferviente amor a la Ecuristía que recibe casi a diario y que para aquellos tiempos era cosa bastante rara. Su tierno amor a la Virgen María, a la que acude con amor filial. A su Ángel de la Guarda que hasta a veces parece que le acompaña.

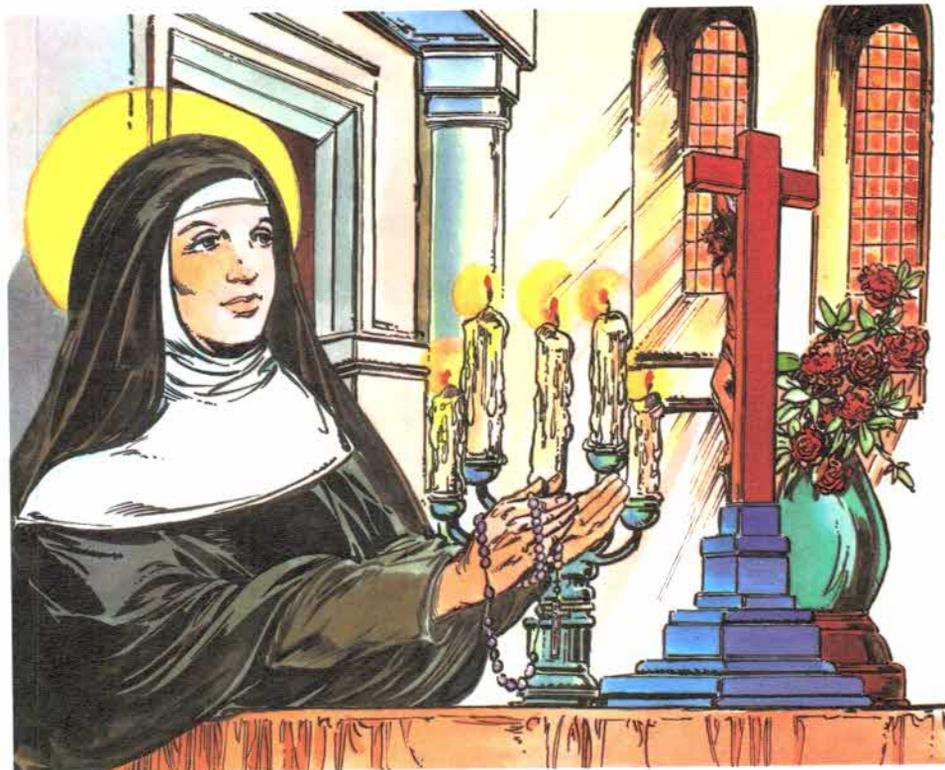
El día de la Inmaculada de 1616 ingresa en el Compañía de Jesús como novicio y se entrega de lleno a formarse en las votos religiosos. Emite los votos y los superiores lo destinan a que profundice en los estudios teológicos y filosóficos, en los que también hace maravillosos progresos. Antes de dedicarse al apostolado, pasa largas horas en oración. Los superiores lo ven maduro para dar el paso del sacerdocio y el día de la Sma. Trinidad de 1630 tiene el gozo de recibir el don del sacramento sacerdotal.

La vida de Juan Francisco ahora ya no tiene freno. Comienzan sus famosas misiones rurales. Recorre una gran cantidad de pueblos y ciudades. A todas partes llega su fogosa palabra. El Señor le bendice y regala el don de hacer milagros; todos los encamina para despertar el amor a Dios y el odio al pecado.

Supo descubrir el enorme valor del dolor y del sufrimiento. Se abrazó a él y a cuantos sufrían. Los amaba como la más tierna madre. Les curaba de sus pestilentes enfermedades. Solía decir: “Sufrir por Jesucristo es el único consuelo que hallo en este mundo. Señor, dame fuerzas para poder sufrir más y más por tu amor”.

Alguien dijo de él “que no tenía más que a Dios dentro de su alma, a Dios en la boca y a Dios delante de sus ojos”. Poseía una gracia enorme para convertir las almas, aun las más alejadas. Se dice que una dama que era totalmente reacia a la Iglesia y hasta enemiga declarada, al ver sus distinguidos modales y su gran santidad, le dijo: “Padre ¿cómo no me voy a convertir a la fe cristiana si usted me lo pide con tanta gracia?”.

Agotado de sus apostolados, volaba al cielo el 26 de diciembre de 1640.



17 DE JUNIO: SANTA JUANA DE LESTONNAC (+ 1640)
(Su fiesta, el 17 de mayo)

Santa Juana nace en Burdeos el 1556. Sus padres se llamaban Ricardo, buen católico, y Juana, ferviente calvinista. La pobre niña empieza a ser objeto de contradicción. Es bautizada en la Iglesia católica, a pesar de la oposición de la madre, que intenta inocular en la niña sus propias ideas.

Pero su fe, combatida, acaba por fortalecerse, apoyada por su padre, su hermano Guido y su tío, el célebre filósofo Miguel de Montaigne, que llamó a su sobrina "bella princesa albergada en magnífico palacio". Incluso deseó entregarse a Dios en el claustro, aunque no llegó a realizarse.

Juana creyendo acatar así los designios de Dios, aceptó el matrimonio con Gastón de Montferrant, varón de Landirás y de la Mothe. Fue un matrimonio feliz. Tuvieron ocho hijos, de los que sobrevivieron cinco, a los que Juana educó en la piedad y caridad cristiana. La baronesa cumplió a la perfección sus deberes de esposa y de madre.

Llevaban 24 años de feliz matrimonio cuando Gastón murió. Seis

años después había muerto también el primogénito, y Francisco, el heredero de la baronía había fundado su hogar. Dos hijas se habían consagrado al Señor, y la benjamina, Juanita, la encomienda al cargo de Francisco. Así, todo arreglado, ella se consagra al Señor en las Fuldenses de Tolosa.

Salió muy temprano de palacio la mañana de su partida. Su corazón de madre se desgarró al llegar su benjamina y agarrársele llorando para retenerla. Fue un momento difícil, heroico. Pero la decisión estaba tomada ya. Y pasó por encima de su hija.

Viste el hábito religioso. Se siente feliz. Se entrega a rigurosas penitencias que la hacen enfermar. Una pena profunda se apodera de ella al indicarle la superiora que ha de volver a su castillo de Landirás, por prescripción facultativa. Aquella noche empieza a diseñarse en su espíritu la futura Compañía de María. Tiene una visión celestial, presidida por la Virgen María, en la que contempla que muchas jóvenes se pierden. Las ve caer en espantoso torbellino y que tienden los brazos implorando ayuda. El Señor va iluminando su camino. Los Padres Bordes y Raymond, de la Compañía de Jesús, la apoyan y aconsejan. Se van concretando las reglas de la Congregación, calcadas en las de San Ignacio. Y el 1 de mayo de 1608 toman el hábito de la Compañía de María las cinco primeras religiosas.

El cardenal de Sourdis quiere acoplar la Obra a las reglas de las ursulinas, pero luego cede. La Obra sigue adelante según el primer diseño. La Virgen vela por su Compañía. En 1610 se consagran a Dios, el día de la Inmaculada, la madre fundadora y nueve compañeras.

Pronto la semilla se hizo fecunda y floreció en 40 fundaciones. Abundaron las persecuciones, los sufrimientos, hasta la traición de una de sus primeras hijas, con acusaciones falsas. Así se consolidaría el Instituto. “La parte que Jesús nos da de su cruz nos hace conocer cuánto nos ama”, decía la Madre Fundadora cuando más arreciaban las persecuciones.

Tenía una gran devoción a la Eucaristía, a la Virgen María, al ángel de la guarda. El 2 de febrero de 1640 entregó su alma a Dios. Sus hijas seguirían trabajando por la educación cristiana de la juventud, según el ideal de la Fundadora: “O trabajar o morir por la mayor gloria de Dios”.

Sus venerables restos, dispersos y profanados por la Revolución Francesa, fueron felizmente encontrados. El 15 de mayo de 1949, el Papa Pío XII la elevó a la gloria de los altares.



18 JUNIO: SANTA MAGDALENA SOFIA BARAT (+ 1865)
(Su fiesta, el 25 de mayo)

Santa Magdalena Sofia nació en 1779 en Joigny, aldea de Borgoña. Era hija de los aldeanos Jacobo y Magdalena. Su hermano Luis, muy exigente, le ayudó mucho en su formación. Estudió letras y ciencias. Lenguas clásicas hasta sentirse a veces “más virgiliana que cristiana”. Y lenguas modernas, sobre todo español, “la lengua nacida para hablar con Dios”, decía después de leer *Las Moradas* de Santa Teresa. También le estusiasmaba *El Quijote*. Siempre entre libros, menos la ayuda en la vendimia a sus padres.

Su afición por lo español fue intensa. Su espíritu se nutrió en Santa Teresa, San Francisco Javier y San Ignacio. Así lo confirma el estilo de las reglas de la futura Congregación, defendido contra los intentos de cambio.

La Revolución Francesa de 1789 lo transtornó todo. Luis sufre prisión. Es ordenado sacerdote y se traslada a París. Se lleva consigo a Sofía que ejerce aquí sus primeros ensayos de catequista de niños.

Los Padres del Sagrado Corazón acababan de llegar a Francia. Esta-

ban dirigidos por el P. Varin y acabarán en la Compañía de Jesús. Luis se les une y pone a Sofía en contacto con el P. Varin, que ayuda a Sofía a salir de su indecisión. De esta unión de fuerzas nace la Sociedad del Sagrado Corazón. Sofía no quería ser llamada fundadora, pero es ella la que pone los fundamentos y escribe y defiende las constituciones.

Sofía y sus compañeras, inclinadas al Carmelo, ceden su vocación contemplativa a la activa, pero sin abandonar la contemplación. Será una vida mixta, más rica, síntesis y armonía entre oración y acción. “Lo esencial es conservar el espíritu interior en medio de este jaleo”, escribe.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús se extiende sobre todo a partir del siglo XVII, por medio de Santa Margarita María principalmente, como reacción contra la frialdad jansenista. La nota que Sofía añade a esta devoción está en el fin apostólico de su Sociedad, que busca la glorificación del Corazón de Cristo por la educación de la juventud. Siempre unidos al Corazón de Jesucristo, y no sólo en los momentos de su Pasión —que era lo característico de Santa Margarita—, sino en todos los momentos de la vida de Jesús, desde su misma concepción.

La Sociedad del Sagrado Corazón, nombre siempre defendido por la Madre Barat contra todos los intentos de tergiversación, nació oficialmente en Amiens, y en vida de la fundadora llegan ya a 111 casas. Cuando Pío VII pasó por Lyon hacia París para coronar a Napoleón, se dignó recibir a la Fundadora y bendijo ampliamente a la nueva Sociedad.

Las tribulaciones son la marca de la aprobación divina. No podían faltar aquí. La Madre ha sido llamada una de las santas más crucificadas del siglo. El capellán de la casa de Amiens se las da de fundador, redacta unas constituciones a su gusto, arrastra algunas religiosas y prepara intrigas en Roma. Al final todo se aclara y León XII aprueba las constituciones de la Madre en 1826. Después son expulsadas de Suiza y del Piemonte en 1848. Nuevas pruebas para su generoso corazón. “Aceptamos la cruz desnuda. Jesús a pesar de todo callaba. Estas palabras son toda mi fuerza”, escribía.

Tenía bien templada su alma en la meditación de los misterios de la vida de Jesús. Vivía el lema ignaciano de “sentir con la Iglesia”, y lo que hoy se dice “salvarse en racimo”. “Una hija del Sagrado Corazón, decía, no debe salvarse sola”. El 25 de mayo de 1865 se fue al cielo, como había anunciado. Su vida ha de ser hoy ejemplo para su Sociedad, para todos.



19 DE JUNIO: SAN ROMUALDO, Fundador (+ 1027)

Nos encontramos ante una figura egregia del calendario de la Iglesia. De la noble familia de los Onesti, duque de Rávena, en Italia, nació por el año 950.

Su juventud fue un tanto alocada y se entregó a los placeres que le proporcionaba el mundo, aunque parece que a pesar de ello siempre sentía en su interior como una voz misteriosa que le empujaba a seguir la llamada de Dios.

Yendo en cierta ocasión de cacería, se paró a contemplar unos árboles y exclamó: “¡Felices aquellos antiguos eremitas que elegían por morada lugares solitarios como éste! ¡Con qué tranquilidad podían servir a Dios, apartados por completo del mundo!”.

La hora de Dios le llega cuando menos lo esperaba. Su padre, llamado Sergio, llevaba también un vida mundana y en cierta ocasión lanzó un duelo a uno de sus parientes y obligó al joven Romualdo a ser testigo del mismo. En el duelo murió su pariente. Tanto sufrió en aquel duelo y tanto le horrorizó que decidió abandonar el mundo y entregarse de lleno a Dios en una durísima vida de penitencia.

Abandonado el mundo, se retiró a un convento benedictino cerca de Rávena. Su rigurosa penitencia y su fiel observancia pronto fue como un látigo que continuamente fustigaba a más de uno de aquellos religiosos que llevaban más bien una vida poco digna. Comprendiendo que su presencia allí no era del agrado de todos, abandonó el convento y se retiró a un desierto donde se puso a las órdenes de un tal Marino, de modales rudos y rigurosos, y a quienes le seguían les obligaba a durísimas penitencias. Romualdo se entregó de lleno a la oración, y maceración de su cuerpo...

Su padre Sergio, al oír contar maravillas de su hijo, sintió también arrepentimiento de sus pecados y se retiró asimismo a un desierto para hacer penitencia. Después de cierto tiempo las tentaciones lo hacían titubear... Al enterarse de ello su hijo Romualdo, acudió presuroso al lado de su padre para ayudarle en la prueba de la cual salió airoso.

La vida de Romualdo durante más de treinta años fue prodigio de penitencia, de oración y de milagros. Eran muchos los que deseaban seguir a su lado y recibir su orientación.

Alguien ha dicho que lo que fue la Orden de Cluny para Francia fue la Camáldula —fundada por San Romualdo— para Italia. Se le puede apellidar como el gran reformador del monacato, gran cenobita, anacoreta y fogoso predicador de la doctrina de Jesucristo. Al oírlo, muchos abandonaban su vida de pecado y trataban de seguir sus huellas.

Eran gentes sencillas y famosos pecadores los que acudían a ponerse a su pies. Reyes y príncipes, como Otón III. El mismo rey San Esteban al arrojarle a sus pies exclamó: “¡Oh, si mi alma estuviera en tu bendito cuerpo!”. Todos se admiraban cómo era posible que su cuerpo resistiera tan dura penitencia.

Cuando presentía que su hora se acercaba, se retiró a un lugar solitario prohibiendo que nadie le siguiera. Allí, en una cueva muy angosta se entregó a la más dura penitencia y trato amoroso con el Señor. Poco después vieron salir unos resplandores de su cueva... Eran los ángeles que llevaban el alma de su Padre espiritual San Romualdo al cielo. San Pedro Damían nos dejó una preciosa biografía de nuestro Santo, digno de ser imitado y en algunas virtudes sólo admirado. Era el 19 de junio de 1027.



20 DE JUNIO: SANTA FLORENTINA, Virgen (+ ca. 636)

Nos encontramos ante un caso verdaderamente prodigioso. Cuatro hermanos santos y reconocidos como tales por la Iglesia: San Leandro, San Isidoro, San Fulgencio y nuestra biografiada Santa Florentina.

Los padres de nuestra santa se llamaron Severiano y Túrtura y supieron educar cristianamente a sus hijos cuyos frutos ahora reconocemos. Su padre desempeñaba un alto cargo en Cartagena pero por razones políticas parece que hubo de emigrar a Sevilla por el 554.

Aquí continuaron dando maravilloso ejemplo de unión y de vivencia de las virtudes cristianas. Leandro llegar a ser Arzobispo de Sevilla y una vez muertos sus padres, se encargará de formar a sus hermanos menores: Isidoro, que será también Arzobispo de Sevilla y una gran lumbrera de España y San Fulgencio que fue obispo de Ecija, así como a Sta. Florentina.

A Florentina le estará reservada la gracia de consagrarse al Señor en la vida religiosa y de ser Abadesa y madre de muchas monjas. Ella será a su vez quien mayormente influirá en la formación y consagración a Dios. Su juventud fue tan santa como podía esperarse de aquel hogar

donde reinaba el amor y temor santo de Dios. El trabajo y la formación espiritual era a lo que estaban entonces llamadas, especialmente las mujeres de la época visigoda, a la que pertenecen de lleno estos cuatro santos hermanos.

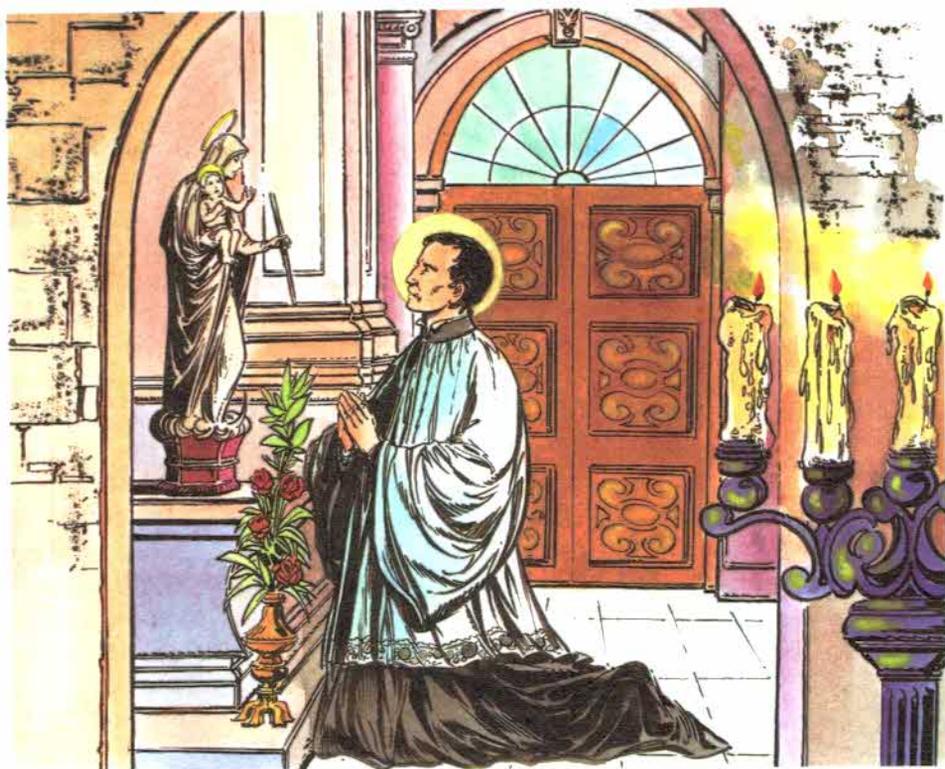
A la obra, sobre todo de San Leandro, se debe la conversión de San Hermenegildo a la fe cristiana y su martirio y la conversión posterior de Recaredo y con él toda la Península.

Vale la pena traer aquí los consejos que en un precioso tratado daba San Leandro a su hermana Florentina valiéndose del nombre de su piadosa madre, *Turtur*, en latín, que significa tórtola en castellano: "No quieras irte del tejado en donde la tórtola tiene sus pequeñuelos. Eres hija de la inocencia, del candor, tú precisamente que tuviste a la tórtola por madre. Pero ama mucho más a la Iglesia, tórtola mística que todos los días te engendra para Cristo. Descanse tu ancianidad en su seno, como antaño descansabas y tu ardor mecías en el regazo de la que cuidó tu infancia.

¡Ah, hermana mía querida, comprende si puedes el ardiente deseo que inflama el corazón de tu hermano de verte unida con Cristo! Tú eres lo mejor de mí mismo. ¡Desgraciado de mí si otro pretendiese despojarte de tu corona! Tú eres delante de Cristo mi baluarte, tú mi prenda querida, mi hostia santa por la que he de merecer salir del abismo de mis pecados"...

Ante tales acentos ¿quién es capaz de no admirar el profundo amor que le profesa su hermano a la vez que la gran estima que siente por la vida consagrada?

El mismo San Leandro escribirá para su hermana y las demás monjas de su tiempo un precioso tratado que vendrá a ser como una especie de Regla que influirá grandemente sobre todos los manasterios femeninos de su tiempo. Le dice entre otras cosas que no trate con mujeres casadas porque viven una profesión distinta. Que sea servicial con las hermanas que viven con ella y que procure no hacer sufrir a ninguna. Debe procurar leer y orar continuamente. Cuando tenga que hacer algún trabajo debe procurar que otra le lea algo. Si vive la vida comunitaria, su vida se parecerá a la de los Apóstoles. Debe procurar permanecer siempre en el mismo monasterio. Y un consejo para ella que era superiora: Que sea discreta para saber lo que debe conceder y negar según las necesidades de cada una. Que no tenga peculio, ya que todo en el Monasterio es común... Buenas reglas que siempre procuró vivir Florentina y que viéndolas llegó a la perfección. Murió por el 636.



21 DE JUNIO: SAN LUIS GONZAGA, joven religioso (+ 1591)

“Hago saber a vuestra señoría reverendísima, que le entrego lo que más quiero en este mundo y la mayor esperanza que tenía para la conservación de esta mi casa...”. Así escribía el Marqués de Castiglione y conde de Tanasentena, padre del joven Luis Gonzaga, al General de la Compañía de Jesús, Padre Claudio Aquaviva, al ingresar nuestro Santo joven en el noviciado de San Andrés de Roma.

Fue Luis el mayor de los ocho hijos nacidos del matrimonio Ferrante Gonzaga. De muy niño parecía que su camino iba a ser el de las armas, ya que le encantaba tratar con los soldados y hasta tomar en su mano alguna de las armas que podía. En cierta ocasión hasta llegó a quemarse su rostro por estar demasiado cerca de un cañón al disparar. Trataba con los soldados y criados y de ellos aprendió algunas palabrotas que pronto el ayo hubo de corregir con dureza. Su padre, el Sr. Marqués, estaba contento pensando en que haría ilustre su apellido y su rango en la carrera militar. Pero otros eran los designios de Dios.

Pronto Luis demostró lo que iba a ser: la oración y la vida de dura mortificación llenaban todo su día. Su padre, para quitarle de la cabeza

aquella vida demasiado piadosa, lo envió a Florencia para que con su hermano Rodolfo que era el que le seguía en edad, pudiera ser atraído por la vida fastuosa que llevaban los Médicis. Aquí hace Luis, en la Iglesia de los Servitas, el voto de castidad para siempre al Señor.

Vuelto a Castiglione se entregó a la oración y vida ascética más todavía que en Florencia. Los criados le atisbaban para quedar admirados de las horas que pasaba en la oración y en la maceración de su cupero. Con este género de vida quería contrarrestar el lujo y vida fácil que estaba obligado a llevar. Bien podían llamarle las gentes “el ángel de Castiglione”, “el lirio de Italia” o “el ángel con cuerpo o cuerpo hecho de ángel”.

Tendría doce añitos cuando dicen los autores que ya llegó a la cumbre de la contemplación. Pasaba largas horas ensimismado en la oración y trato divino. Huía siempre que podía de todos los pasatiempos mundanos y de todos los festejos que era natural que abundaran en su ambiente y en su misma casa. Durante toda su vida llorará lo que él llamaba pecados de su juventud y no fueron otros que algunas palabrotas que aprendió de la soldadesca sin entender siquiera su significado. Cuenta un criado que cuando le llamaban con su título de príncipe y señor, les decía con gran amabilidad: “Servir a Dios es harto más glorioso que poseer todos los principados de la tierra”.

Era el heredero del Principado de Mantua y Príncipe del Sacro Imperio. Con su virtud extraordinaria había dejado atónitas a las cortes de Madrid, Florencia, Pavía, Mantua... y a pesar de ello no se sentía atraído por tantas vanidades, y solía repetir: ¿“Qué es todo esto para la eternidad? Señor, ayúdame a no olvidar nunca el fin para el cual me has creado”.

Mientras estaba en Madrid, como paje en la corte de Felipe II, ante el altar de Nuestra Señora del Buen Consejo, se siente llamado a ingresar en la Compañía de Jesús en el mismo día de la Asunción de 1583. Consigue el permiso de su padre que tanto se resistía y abdica el Principado en favor de su hermano. Se entrega del todo en el noviciado a adquirir las virtudes religiosas. No pierde nunca la presencia de Dios. Hasta quiere despertar a cada hora durante la noche para renovarla. Hace grandes progresos en los estudios, pero antes de llegar al sacerdocio, a sus 23 años, volaba al cielo, fruto de su gran caridad. Era el 21 de junio de 1591.



22 DE JUNIO: SANTO TOMÁS MORO, mártir y SAN JUAN FISHER, obispo y mártir (1535)

Santo Tomás Moro nació en Londres el 1478. Estudió en Oxford y en Londres. Fue un gran humanista. Amigo de Erasmo y de Luis Vives. Pensó algún tiempo en la vida monástica. Por fin, leyendo La Ciudad de Dios de San Agustín, decide ser ciudadano de la ciudad celeste sin apartarse de la terrestre. La Vida de Pico de la Mirándola influyó mucho en su vocación.

Se casa con Juana. Tuvieron cuatro hijos. Queda viudo y se casa con Alicia. Moro supo compaginar una vida interior profunda con una escrupulosidad en sus obligaciones profesionales. Como pionero en la promoción de los laicos, se enfrenta a los problemas de su tiempo con criterios cristianos. Demuestra con su ejemplo el valor de “la obra bien hecha”.

Crece su prestigio como abogado. En la Corte le piden su colaboración. Cae el Cardenal Canciller Wolsey, y Moro es elegido Canciller del Reino. Mal momento, pues Enrique VIII anda enredado con Ana Bolena. El rey quería la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón.

Consigue, con presiones y dinero, aquiescencia de obispos y clero, de teólogos y canonistas. Ante tanta cobardía bastarda, Tomás Moro renuncia a su cargo de Canciller y encargado del Gran Sello, aunque intuye que eso le costará caro.

Moro se niega a firmar el Acta de Sucesión y de Supremacía, por la que se proclama el rey Cabeza de la Iglesia Anglicana y la independencia de Roma. Moro acata la autoridad civil del rey, pero no quiere ser infiel a su conciencia. Era como firmar su sentencia de muerte. Poco después, Tomás Moro es juzgado y encerrado en la Torre de Londres.

Muchos le piden que firme, que ceda, aunque sea disimulando. No se lo permite su conciencia. Su hija Margarita le visita con frecuencia. Rezaban juntos, pensaban en el cielo. Son escenas entrañables, insuperables.

El 6 de julio de 1535 fue decapitado. Antes rezó el salmo 50 “Misericordia, Dios mío, por tu bondad”. Terminó diciendo que moría “como buen súbdito del rey, *but God/s first*, pero antes, de Dios”. Animó al verdugo a que cumpliera bien su oficio, y con el humor que siempre mantuvo —escribió una hermosa oración sobre el humor—, le pidió que no le cortara la barba.

La cabeza rodó sobre las tablas y fue clavada en una pica en el puente de Londres. Su fiel hija Margarita la recogió, la guardó en una caja y quiso que la colocaran sobre su pecho cuando fuera enterrada. Así se conserva hasta hoy en la Iglesia de San Dunstan de Cantorbury.

Moro escribió muchos libros de piedad y en defensa de la fe. Su libro más famoso es *Utopía*. En él se propone un régimen comunitario, sin propiedad privada, el ideal hacia un mundo mejor, de momento inasequible.

Moro no es un fanático ofuscado, sino un hombre fiel, honrado, consecuente hasta el heroísmo. Pues hay valores que están por encima de la vida. Es un mártir por la unidad de la Iglesia y por la libertad de conciencia contras las leyes civiles injustas. Pío XI lo canonizó en 1935.

Juan Fisher, obispo de Rochester y nombrado Cardenal, tampoco cedió ante los caprichos de Enrique VIII: “No llevará el capelo, porque yo cortaré su cabeza”. Fue decapitado unos días antes que Moro, el 22 de junio. No llevó el capelo, pero sí la aureola de santo. También está canonizado.

Tampoco cedieron dos Padres Cartujos. —“Si no os declaráis partidaris de la reforma, haremos que os arrojen al Támesis”. Ellos respondieron: “A nosotros lo único que nos importa es ir al cielo, y nos da lo mismo llegar al cielo por tierra que por mar”.



23 DE JUNIO: SAN JOSE CAFASSO, Presbítero (+ 1860)

Cuando siendo seminarista acompañó al futuro apóstol de la juventud, San Juan Bosco, por la ciudad para enseñarle los espectáculos, le dijo estas palabras que a D. Bosco no se le olvidaron en toda la vida: “Querido amigo: las diversiones de los sacerdotes son las funciones de la Iglesia: cuanto más devotamente se celebran tanto más gustan. Nuestras novedades son las prácticas religiosas siempre renovadas y dignas, por tanto, deben frecuentarse con la mayor diligencia. Quien abraza el estado eclesiástico se vende al Señor; de ahí que nada hay en este mundo que le atraiga, si no es la mayor gloria de Dios y el bien de las almas”.

En estas palabras del ahora seminarista está sintetizada toda la vida y obras de este gran santo, patrón y modelo para todos los sacerdotes. Al canonizarle el Papa Pío XII el 22 de junio de 1947, dijo: “En el nuevo Santo, tanto los obispos como los sacerdotes debéis ver a un padre, a un maestro, a un modelo”.

Su vida es sencilla y nadie creería que aquel niño que nace el 15 de enero de 1811 en Castelnuovo d’Asti, en una familia sencilla pero profundamente cristiana, y que lleva una niñez normal, como corresponde a

cualquier niño de su edad, llegaría a escalar tan pronto las más altas cuestas de santidad. Es cierto que era dócil, piadoso, obediente, trabajador y siempre se le veía alegre. En la Iglesia, sobre todo, parecía un angelito, por ello pronto mereció que muchos le conocieran como el “santetto”. Desde muy niño sintió deseos de ser sacerdote para consagrarse de lleno al Señor y así poder salvar muchas almas.

El 1 de julio de 1827, a sus dieciséis años, vestía la sotana clerical. En el seminario de Chieri se entrega de lleno al estudio de la filosofía y la teología. Había de alguna manera que aligerar el enorme gasto y gran sacrificio que supone su estancia en el seminario para el pobre bolsillo de sus padres. Por fin, y después de haberse formado muy seriamente en todos los campos que le van a ser muy útiles para su futuro apostolado, ve coronados sus esfuerzos el día 21 de septiembre de 1833 con la ordenación sacerdotal.

A pesar de ser ya sacerdote, no se olvida de su continua formación y por ello se alista a un Convictorio Sacerdotal, el de San Francisco de Asís de Turín, y allí pasa unos años de intensa formación sacerdotal. Es nombrado profesor de la cátedra de moral y trabaja al lado del canónigo Gaula, que había sido el fundador de este Convictorio. El joven sacerdote Cafasso llama la atención a todos los demás compañeros porque se ha tomado en serio eso de la santidad. Es un maravilloso modelo para todos y en todo. También los seglares de todos los estamentos sociales se fijan en él y a él van a consular todos sus problemas. Su apostolado se agiganta de día en día. Se dedica a la educación del Clero. De allí saldrá una maravillosa floración de ejemplares sacerdotes.

Su caridad no tiene diques: Visita las cárceles y hospitales. A todos llega su palabra alentadora, su afecto de padre y su ayuda económica en todas sus necesidades. Cafasso no tiene nada para él. Todo es para los demás. Todo es sencillo a su alrededor. No hace ruido. Un moribundo, que va a ser guillotinado por sus fechorías, exclama: “Con D. José Cafasso al lado, la muerte es un verdadero triunfo”.

Tres fueron sus grandes amores a lo largo de toda su vida: Jesús Eucaristía, la Virgen María y el Papa... Lleno de méritos, le llegó su hora. Murió pidiendo que se olvidaran de él, que era un sacerdote tan indigno. Era el 23 de junio de 1860.



24 DE JUNIO: NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA, el Precursor

Nadie tiene más autoridad que el mismo Señor quien nos describe así a su primo Juan Bautista: “Entre los nacidos de mujer no hay ninguno mayor que Juan Bautista”.

Después de este piropo, todo cuanto podamos decir de él ya será muy secundario y pobre y se limitará a ser una humilde glosa del mismo.

“Profeta de soledades... Desde el vientre escogido /, fuese tú el pregonero, / para anunciar al mundo / la presencia del Verbo.

Cuerpo de duro roble, / alma azul de silencio; / miel silvestre de rocas / y un jubón de camello.

No fuiste, Juan, la caña / tronchada por el vieno; / sí la palabra ardiente / tu palabra de acero.

En el Jordán lavaste / al más puro Cordero, / que apacienta entre lirios / y duerme en los almendros.

Sacudiste el azote / ante el poder soberbio; / y, ante el Sol que nacía / se apagó tu lucero.

Por fin en un banquete / y en el placer de un ebrio, / el vino de tu sangre / santificó el desierto.

Profeta de soledades, / labio hiciste de tus iras, / para fustigar mentiras / y para gritar verdades”.

En este himno de las primeras Vísperas de su fiesta, se halla sintetizada toda su vida.

La vida del Precursor está cuajada de milagros aun antes de nacer: Milagro dentro de la esterilidad y ancianidad de sus padres: “No temas, Zacarías, —oye de labios del ángel, mientras ofrece incienso en el templo—, tu oración ha sido escuchada y tu mujer Isabel, te dará un hijo a quien pondrás por nombre Juan. Será grande delante del Señor, y el Espíritu Santo le llenará desde el seno de su madre”.

Otro prodigio: El anciano Sacerdote duda de la veracidad de cuanto le dice el Arcángel San Gabriel de parte de Dios y queda mudo... hasta el día del nacimiento del Bautista que se le suelta su lengua y comienza a alabar a Dios que ha hecho maravillas.

Pero antes de este segundo milagro existió otro: el único acaecido a los hijos de mujer: Fue santificado en el mismo seno de su madre al recibir la visita de su primo que será el mismo Salvador de la humanidad y que está recién encarnado en el seno de María, prima de su madre Isabel. “En cuanto oí tus palabras, dice Isabel a María, el niño saltó de alegría en mi vientre”.

Por ello bien podía su padre Zacarías, lleno del Espíritu Santo cantar, con gozo, y profetizar lo que sería aquel hijo suyo: “Tú, hijo mío, serás llamado Profeta del Altísimo; porque irás ante la faz del Señor para preparar sus caminos y anunciar a su pueblo la nueva de la redención de sus pecados”.

La vida de Juan será muy original. Quizá perteneció a los qumramitas. Lo cierto es que llevaba una vida muy austera y que iba predicando por todas partes: “Preparad los caminos del Señor. Enderezad sus sendas. Que todo valle se rellene y todo monte se allane... Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles y el árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego...”.

La misión de Juan es ésta: “Ahí, tenéis al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo... seguidle”.



25 DE JUNIO: SAN GUILLERMO DE VERCELLI, monje (+ 1142)

Nació por el año 1085 en Vercelli, como indica su nombre, en el norte de Italia. Pocas cosas sabemos de su nacimiento e infancia, pero sí de su juventud y mocedad como un prodigio de mortificación y de don de milagros.

El solía decir a los monjes que trataban de imitar su vida y pretendían seguirle a todas partes: “Es necesario que mediante el trabajo de nuestras manos nos procuremos el sustento para el cuerpo, el vestido aunque pobre y medios necesarios para poder socorrer a los pobres. Pero ello no debe ocupar todo el día, ya que debemos encontrar tiempo suficiente para dedicarlo al cuidado de la oración con la que granjeamos nuestra salvación y la de nuestros hermanos”.

Ahí estaba sintetizada la vida que él llevaba y la que quería que vivieran también cuantos quisieran estar a su lado.

Cuando todavía era un mancebo hizo una peregrinación a Santiago de Compostela que en su tiempo era muy popular y que hacían casi todos los cristianos que podían. Pero él lo hizo de modo extraordinario: Se cargó de cadenas, que casi no podía arrastrar por su gran peso, y apenas

tomaba bocado. Un día llegó a las puertas de una casa de campo y parecía desfallecer. A pesar de ello habló así al dueño de la misma que parecía ser un valiente caballero: “Señor, estas cadenas se me rompen continuamente y me hacen muchos honores porque son vistas por todos. ¿No serías tan bueno que me dieras una coraza para llevarla escondida junto a mis carnes y un casquete para mi cabeza? Dicho y hecho. Guillermo salió de la presencia de aquel caballero con gran esfurzo, ya que apenas podía moverse con tanto hierro y con los dolores enormes que le proporcionaban. Vuelto a Palermo, el rey Rogerio que había oído ya hablar muchas maravillas de aquel raro peregrino, sintió grandes deseos de verlo.

En la corte se contaban chascarrillos a su costa y cada uno lo tomaba a chacota y decía de él las cosas más raras e inverosímiles. En aquella corte había una mujer que llamaba la atención por su vida deshonesta y ella al oír hablar de la santidad del peregrino dijo a todos los cortesanos: “Yo os prometo que le haré caer a ese pobre hombre en mis redes de lascivia”. Se arregló lo mejor que pudo y se dirigió a visitarle. El santo hombre la recibió con grandes muestras de simpatía y tuvo con ella una larga conversación creyendo la dama que ya lo había conquistado para el pecado. Así volvió contenta a la corte y contó sus victorias. Pero habían quedado que volvería aquella noche para pasarla con él. El santo peregrino la invitó, la tomó el brazo y le dijo: “Ven y acuéstate conmigo en este lecho nupcial”. El extendió las brasas y llamaradas de una gran hoguera que había hecho preparar y se arrojó en ellas. La pobrecilla mujer, que se llamaba Inés, cayó avergonzada y prorrumpió a llorar al ver que no le tocaba el fuego al siervo de Dios. Hizo penitencia, abrazó la vida religiosa y murió santamente.

En *Monte Vergine* fundó un célebre monasterio y purificó la corte y los palacios de tanto pecado como se cometía. Príncipes y labriegos, hombre y mujeres abandonaban su mala vida y seguían su ejemplo dejándolo todo por seguir a Jesucristo.

Desde este Monte Sacro, que ahora se llama como en tiempos de San Guillermo, *Monte de la Virgen*, nuestro Santo continuaba ejerciendo un gran influjo por medio de su oración y vida de sacrificio. Lleno de méritos, murió el 25 de junio de 1142.



26 DE JUNIO: SAN PELAYO, mártir (+ 925)

Con gran valentía y recalcando las palabras que brotaban de sus labios dijo el niño Pelayo al emir Abderrahmán: “Sí, oh rey, soy cristiano. Lo he sido y lo seré por la gracia de Dios. Todas tus riquezas no valen nada. No pienses que por cosas tan pasajeras voy a renegar de Cristo, que es mi Señor y tuyo aunque no lo quieras”.

Así de valiente era aquel muchacho en aquellos momentos que eran los postreros de su vida. Pero es que lo había sido siempre así desde que tuvo uso de razón.

En la historia gloriosa de la Iglesia de todos los siglos han abundado niños que han estado siempre dispuestos a morir por la causa de Jesucristo en la fe que heredaron de sus ejemplares padres. Uno de éstos, San Pelayo o San Payo como le llaman graciosamente en Galicia. Aquí, en la hermosa ciudad de Tuy, nació este niño a principios del siglo décimo. Sus padres le educaron cristianamente en la fe. También recibió sabios y santos ejemplos de su tío Hermogio que era el Obispo de aquella diócesis. Su niñez la pasó al lado de su tío en el Santuario-Catedral, entregado de lleno al canto de la liturgia y al estudio de la Sagrada Escritura y cien-

cias profanas, ya que en todo debía estar preparado para un mañana que no le llegará.

Eran los años duros y terribles de la Reconquista. Hermogio fue hecho prisionero por los árabes y lo llevaron hasta Córdoba para encerrarlo en unas mazmorras. Después se cambiaron las cosas. Otros prisioneros fueron capturados en lugar del Obispo esperando que este podría recoger oro suficiente para recuperar a los encarcelados. Entre éstos estaba el sobrino del Obispo, nuestro niño Pelayo.

Una vez en la cárcel, el niño pasaba los días y las noches entregado a la oración y tratando de consolar a los que ya desesperaban de la llegada del precio del rescate.

De cuando en cuando entraba en el lóbrego calabozo uno de los soldados y azotaba bárbaramente a cuantos se encontraban en aquellas terribles mazmorras. No tenía más que diez años y parecía un anciano venerable por los consejos que daba y por la valentía con que aguantaba los castigos y el hambre. A todos llamaba, sobre todo, la atención la pureza de aquel niño que parecía un ángel. La corrupción reinaba en aquellos antros. El pequeño Pelayo quedaba admirado al contemplar que muchos de los que antes habían compartido con él la cárcel estaban ahora en lugares de honor ¿Por qué? La respuesta era fácil: habían claudicado de su fe o habían consentido en aberraciones vergonzosas.

Un día se acercó a él el carcelero y le dijo: “Te felicito, pequeño, porque el rey ha puesto los ojos en ti y quiere honrarte”. Lo perfumaron, lo vistieron de sedas... y lo presentaron ante el rey Abderrahmán. Al llegar a su presencia, el rey le dijo: “Niño, grandes honores te aguardan; ya ves mi riqueza y mi poder; pues si haces cuanto te diga, una gran parte será para ti. Tendrás un palacio, oro, plata, caballos y cuantos esclavos y esclavas y todo que quieras apetecer. Sólo una cosa es necesaria para ello: que te hagas musulmán como yo, pues he oído decir que a pesar de ser tan joven ya haces prosélitos para tu religión”. El joven Pelayo contestó valientemente con las palabras con que hemos empezado esta preciosa biografía.

Abderrahmán, al ver que no salía con la suya, mandó que lo llevaron al calabozo y allí fuera primero atraído con halagos y si se resistía, fuera martirizado. Era el 925 cuando este niño de diez abríles derramaba su sangre por Cristo.



27 DE JUNIO: SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, Obispo y Doctor de la Iglesia (+ 444)

San Cirilo Alejandrino es sin duda uno de los Padres y Doctores más egregios de la Iglesia. Los Papas, tanto Celestino I, en su tiempo, como todos los demás hasta los de nuestros días, Pío XI y Pío XII, han cantado sus egregias cualidades como acérrimo defensor de la auténtica fe cristiana contra Nestorio que intentaba profanarla.

Le han llamado: “Invicto asertor y sapientísimo doctor de la divina maternidad de la Virgen María, de la unión hipostática del Verbo y del Primado del Romano Pontífice”. “Luminar de cristiana sabiduría y atleta de apostólica fortaleza”. “Sacerdote digno de la máxima aprobación”. “Caudillo de la Ortodoxia. “Papa de Alejandría”. “Juez del orbe de la tierra”. “Doctor del dogma de la Encarnación”. “Buen defensor de la fe católica”. “Hombre apostólico”...

Nació en Alejandría y era sobrino del prepotente patriarca Teófilo. Durante su juventud —nace a finales del siglo IV— frecuenta las mejores escuelas de su tiempo. En ellas profundizó en la teología y sagrada Escritura.

De muy joven vistió el hábito de los solitarios de Nitria y fue educado en las virtudes monacales por el abad Serapión. Llevó una vida muy mortificada y entregado a la oración hasta que su tío, el Patriarca, le encomendó la tarea de predicar la Palabra de Dios, que por cierto lo hacía con extraordinaria maestría y gran fruto espiritual. Pero no le llenaban los halagos del mundo ni los honores eclesiásticos, aunque estos siempre le buscarían a él. Solía decir: “Mi más ardiente deseo, mi única ambición, es padecer y morir por la fe de Cristo... Ningún insulto, ninguna persecución, ninguna contumelia, me conmueve con tal que la fe resulte sana y salva. Por la fe de Cristo y por lo que El ha hecho por mí he decidido ir al encuentro de cualquier clase de trabajo que me pueda sobrevenir y estoy dispuesto a soportar cualquier clase de tormento que el Señor me tenga preparado...”. Bien necesitaría todas estas disposiciones y el don de fortaleza, porque le esperaban grandes fatigas por la causa de Jesucristo que ahora él no podía vislumbrar. Pero su recia formación y su extraordinaria virtud estaban dispuestas para arrostrar toda clase de embestidas del enemigo.

Las herejías pululaban en su tiempo y había que erradicarlas a toda costa. Cirilo fue el hombre providencial para acabar contra los novacianos y, sobre todo, los nestorianos, que intentaban infeccionar la ortodoxia de la fe cristiana con sus solapados errores.

El año 412 fue un año señalado para Cirilo ya que fue elegido Cabeza de la Iglesia de Alejandría.

Sobre todo, su fama se haría inmortal en su lucha por defender la TEOTOKOS, la Madre de Dios. La lucha se hizo ya pública: Nestorio defendía que la Virgen era Cristotokos y no Teotokos, Madre de Cristo, pero no madre de Dios. Cirilo y con él toda la ortodoxia y tradición de la Iglesia defendían a Teotokos. Cirilo quiere convencer a Nestorio con afecto fraternal, pero el heresiarca no cede. Por fin el Papa Celestino I convoca el Concilio de Efeso, III de los Universales. Cirilo ha escrito ya sus famosos *Anatematismos*. Los Padres Conciliares quedan admirados de la sabiduría y santidad de Cirilo. Todos a una confirman la doctrina que él propone y rezan mientras son llevados en volandas por los fervorosos efesinos: “Santa María, *Madre de Dios*, ruega por nosotros...”. Este gran defensor de la fe moría el año 444 llorado por todos los diocesanos.



28 DE JUNIO: SAN IRENEO, Obispo y Mártir (+ 208)

La presentación que de Ireneo hacen los cristianos cautivos en las mazmorras de Lyon a sus hermanos en la fe de Jesucristo, que moran en Roma bajo la dirección y obediencia al Papa Eleuterio, es magnífica y nos da una primera biografía de este gran hombre: “Os rogamos —escriben al papa Eleuterio— que le atendáis y le escuchéis: está abrasado por el celo del Testamento de Cristo. Si supiéramos que un título puede conferir alguna justicia al que le lleva os lo hubiéramos presentado como un sacerdote de la Iglesia.

El mismo Ireneo, allá por el año 190, cuando ya está en plena madurez, escribirá a un amigo de la infancia, Florino, y le contará, en sabrosa carta, detalles de la niñez de ambos: “...Te recuerdo siendo yo niño en el Asia interior junto a Policarpo. Podría reproducir lo que nos contaba de su trato con Juan y los demás que vieron al Señor, y cómo repetía sus mismas palabras; lo que del Señor había oído, de sus milagros, de sus palabras, cómo lo habían visto y oído. Todo esto lo repetía Policarpo, y siempre sus palabras estaban de acuerdo con las Escrituras. Yo oía esto con toda el alma y no lo anotaba por escrito porque me quedaba graba-

do en el corazón y lo voy pensando y repensando, por la gracia de Dios, cada día.”...

Ireneo, pues, recogió de labios de San Policarpo las enseñanzas del último Apóstol, San Juan Evangelista. Luego su testimonio es interesantísimo para llegar hasta Jesús con un solo eslabón de por medio.

Cuando todavía era muy joven, quizá con quince años, ya sufrió en su misma carne las sangrientas persecuciones de Adriano y Antonino Pío.

Por el año 157 encontramos a Ireneo en las Galias, enviado, quizá, por su maestro San Policarpo, para misiones de gran responsabilidad. Viene procedente de su patria, Esmirna, con ardiente fuego apostólico en su joven corazón.

En Roma pasó varios años entregado al apostolado y en defensa de la fe de Jesucristo en los tiempos que tanto abundaban las herejías contra ella.

Por los años 177 lo encontramos en Lyon al lado de un gran grupo de cristianos que están encarcelados por la fe que profesaban en el Señor Jesús. Son unos cincuenta y los preside su mismo Obispo Potino, oriundo también como él de Asia Menor y que hacía algunos años le había consagrado sacerdote para esta iglesia de Lyon que ahora sufre la más terrible persecución. No sabemos por qué Ireneo no ha sido todavía encarcelado y puede moverse alentando a unos y a otros para que perseveren en la fe cristiana. A este pueblo de Lyon y refiriéndose a esta ocasión, alguien les ha llamado “un pueblo de mártires”. Muerto Potino los cristianos le eligen su obispo por el 180. Los desvelos del pastor se multiplican. Se entrega sin reservas a todos los que sufren en el cuerpo o en el espíritu. Han sido años muy duros los que han vivido y debe devolver la paz y la calma.

Ireneo haciendo gala del significado de su nombre, es apacible y pacificador. Hay un respiro en la Iglesia y se dedica a multiplicar las Comunidades. Si una cosa deberíamos resaltar de este santo Obispo sería la fidelidad a la fe recibida. El tiene un alto concepto de la Iglesia de Roma: “La más grande, la más antigua, por todos conocida, fundada por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo”.

Escribió varios tratados para defender la fe contra las herejías reinantes. Por ellos se puede apreciar el fuego de amor a Dios y a la verdad que llenaba su alma. Recientemente, el P. Orbe ha escrito unos comentarios de gran autoridad sobre estos tratados. Parece que murió mártir por el 208 en la persecución de Septimio Severo. Su fiesta se celebra desde 1922 en toda la Iglesia.



29 DE JUNIO: SAN PEDRO, Príncipe de los Apóstoles (+ ca. 67)

“Llévame a él”. En estas palabras del fogoso Pedro a su hermano Andrés que le habla del Maestro, está sintetizada toda su vida. Pedro no hace como Natanael que duda si de Nazaret puede salir cosa buena, sino que desde el primer momento creyó en Jesús, se fió de él y le amó con toda su alma.

No sabemos cuándo nació Pedro, pero sí sabemos que era de Betsaida, una aldea campesina y marinera al lado del Lago de Genesareth. Allí vivía compartiendo su trabajo con su padre y hermano Andrés. Estaba casado y el Señor, cuando ya forme parte de sus más íntimos, curará a su suegra de una enfermedad.

Quizá heredó de su padre Jonás la rudeza de su carácter y la prontitud de su genio. Lo cierto es que Pedro, como nos lo presenta el Nuevo Testamento, era vehemente y francote, un tanto presumidillo y un poco infantil en sus reacciones.

En el primer encuentro de Pedro con Jesús ya queda al descubierto por una parte la amistad no disimulada del Maestro, y por otra la entrega sin reservas de Pedro a su servicio o compañía. Desde ahora “será

pescador de hombres''. Pero el momento cumbre de Pedro nos lo recuerda San Mateo en el capítulo 16 cuando dialoga el Maestro con los Apóstoles: ¿“Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre”?... “Pues unos...” “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Entonces Pedro tomando la palabra, en nombre de todos sus compañeros, dice: “Tú eres el Hijo de Dios vivo”. Y viene la paga de Jesús a aquella bien acertada y valiente definición: “Y yo te digo, tú eres Cefas, Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del Infierno no podrán prevalecer contra ella”. Desde este momento Pedro ya ocupa el primer lugar entre los compañeros. En las listas que traen los evangelistas, lo traen el primero, hasta a veces, lo especifican diciendo, “Pedro, el primero”.

Pedro, de ahora en adelante, recibirá muestras de especial cariño de parte del Maestro. Esta promesa de Jesucristo de nombrarle “piedra” o “fundamento” de la iglesia, se cristalizará después de la Resurrección de Jesús junto al lago de Genesareth, según nos recoge San Juan en el capítulo 21 de su evangelio. La escena no puede ser más hermosa. Tres veces le ha negado en su Pasión. Ha sido cobarde. Ahora el Señor, antes de hacerle entrega del tesoro más bello que nos deja, el Sacramento de salvación que es la Iglesia, quiere estar seguro del arrepentimiento y amor de su Vicario y por tres veces le examina en el amor hacia él. “Pedro ¿me amas?... ¿“Me amas más que estos”? La afirmación es categórica y firme: “Sí, Señor, tú sabes que te amo...”

Aunque le haya negado en la noche más triste de toda la historia, después llorará su pecado y dirá la tradición que hasta se formaron unas cavidades en sus mejillas de tanta lágrima. Correrá en compañía de Juan al sepulcro a ver al Maestro... Y Jesús se le aparecerá y dirá a los demás que den el mensaje a Pedro... Le mandará que camine sobre las aguas del lago...

Subido al cielo el Maestro, correrá los mundos predicando el Mensaje del Señor y confortando a todos en la fe en que él un día claudicó pero ahora, sobre todo desde que ha venido sobre él el Espíritu Santo, está lleno del don de fortaleza. Y si llega a dudar en el *Quo vadis* de Roma... de nuevo volverá sobre sus pasos para dar generosamente su vida por Cristo sintiéndose indigno de morir clavado como el Maestro. Será el año 67 de la Era Cristiana. Bien pudo cantar el poeta: “Pedro es el primero en creer y el primero en amar; el primero de los Apóstoles que ve al Señor resucitado; el primero que confirma la fe con un milagro; el primero que convierte a los judíos, el primero que recibe a los gentiles en la Iglesia; el primero en todo”.



30 DE JUNIO: SAN PABLO, Apóstol (+ ca. 67) (Su fiesta ayer)

La figura de San Pablo merece un desdoblamiento de la fiesta de ayer, para no robar espacio a San Pedro, y para que no quede como un mero apéndice de él. Ya hemos hablado de San Pablo el 25 de enero. Pero la figura de San Pablo es tan gigantesca e inabarcable, es tan ejemplar su vida —“el primero después del Único”— son tan inagotables sus escritos, que bien merece la pena volver una y otra vez a su magisterio.

San Pablo es un hombre nuevo después de la caída en el camino de Damasco. Y como todos los convertidos, el fuego le quema las entrañas, y se siente forzado a comunicarlo a todo el mundo. “Cuando aquel que me llamó por su gracia, quiso revelar en mí a su Hijo para que lo evangelizase a los gentiles, sin consultar a la sangre ni a la carne”, en seguida se puso en movimiento. Nadie podrá pararle. Es un volcán en ebullición permanente.

“Anda, dice el Señor a Ananías, que éste es instrumento escogido por mí para llevar mi nombre a los gentiles”. Y Pablo se lanza, lleno de divinas impaciencias, por todos los caminos del imperio. Emprende cuatro

viajes apostólicos, arriesgados, difíciles. Recorre ciudades, funda cristiandades, les deja discípulos al frente, les escribe cartas, promete llegar hasta España... Afronta peligros "en tierra, en mar, entre los falsos hermanos".

Pero no importan los peligros para el alma enamorada. "Todo lo soporto por los elegidos. La caridad de Cristo nos interpela. Muy a gusto me gastaré. Hijos míos, otra vez me causáis dolores de parto, hasta formar a Cristo en vosotros. ¿Quién enferma sin que yo enferme?".

San Juan Crisóstomo se lamentaba que muchos no conocían las cartas de San Pablo. Al escuchar su lectura, afirmaba él, "salto de gozo al oír ese maravilloso clarín celestial, y me inflamo en deseos, reconociendo una voz muy amiga para mí, y me parece verle presente ante mis ojos".

En sus diversos pasajes vemos el anhelo incoercible que siente de predicar el Evangelio, de hacerse todo para todos, de preocuparse por todas las Iglesias, de sufrirlo todo, hasta ser anatema por sus hermanos.

"Cuando quiero saber las últimas novedades, leo a San Pablo", dice León Bloy, a propósito de la variedad del mensaje paulino. Pero si quisiéramos destacar lo más peculiar, el eje y punto clave en que se apoya la nueva exigencia de Pablo, sería por encima de todo, su anhelo por Cristo, su obsesión por Cristo, hasta el punto de que pide varias veces a sus discípulos que le imiten a él, sin más, pues sabe que así imitarán a Cristo.

Se podría seleccionar una especie de Código o Decálogo sobre el cristocentrismo de Pablo: 1) Su vida es Cristo. 2) Todo lo centra en el amor de Cristo. 3) Sólo quiere conocer a Cristo. 4) Desea gloriarse en la cruz de Cristo. 5) Su debilidad encuentra la fuerza en la gracia de Cristo. 6) Colabora con la gracia de Cristo. 7) Desea únicamente apoyarse en Cristo. 8) Su afán es estar con Cristo. 9) Se goza en haber sido atrapado por Cristo. 10) Está seguro que nada le separará del amor de Cristo.

El último viaje de Pablo fue el viaje a Roma para ser juzgado. Allí sufrió martirio, junto con Pedro, las dos columnas de la Iglesia, hacia el año 67. Agotado por fin, había rendido viaje el discípulo fiel. Fue sepultado en el lugar llamado Tre Fontane, por las tres fuentes que habrían brotado en el momento del martirio. Sobre aquel lugar se levantaría más tarde la basílica espléndida que lleva todavía su nombre.